

Dios está en lo ordinario. De todos los libros “Cómo...” este texto acerca de “*Cómo Ser Ordinario*” ¡debe estar en el fondo de la pila! En efecto, hay obras sobre Cómo Ganar, Cómo Prosperar, Cómo Ser Santo, Cómo Ser Victorioso, Cómo Triunfar, Cómo Tener Una Revelación. Aquí se trata de un libro sobre ‘Cómo Ir a la Bancarrota’ ¿Quién quiere estar en la ruina?

¿Por esto he perdido? He estado al pie, muy cerca. Vine para aprender, no a desaprender. Estoy aquí para ser alguien. No quiero ser nadie. ¿Acaso la verdad “soy ordinario,” pavimentada el camino a lo extraordinario? ¿Es esto el significado de las palabras de Jesús: “*Tengo mucho más que decirles, pero en este momento sería demasiado para ustedes*” (Jn 16.12 VP)?

¿He abrazado la verdad que soy ordinario, un hombre común?

Arthur Burt

ISBN

CÓMO SER ORDINARIO

POR

ARTHUR BURT

Publicado por

Este libro se publicó originalmente en inglés con el título

How To Be Ordinary

Por Arthur Burt y

The Emmanuel Foundation

Stuart, Florida

Copyright © 2004, por Arthur Burt

www.arthurburt.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro se puede reproducir en ninguna forma sin el permiso escrito del Autor.

Las referencias escriturales, que aparecen en *itálicas* se toman de distintas versiones, a saber:

LA SANTA BIBLIA® VERSIÓN REINA-VALERA (RV) Revisión de 1960 Sociedades Bíblicas Unidas;

DIOS HABLA HOY® LA BIBLIA. VERSIÓN POPULAR® (VP) Sociedades Bíblicas Unidas, 1979;

LA BIBLIA AL DÍA® – PARÁFRASIS® (BAD) Living Bibles International, Wheaton IL 60187, Spanish House & Unilit, Miami, FL 33172. 1979;

LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS® (BDLA) Foundation Publications Inc., Anaheim, CA, 1986;

LA SANTA BIBLIA© VERSIÓN REINA-VALERA Revisión de 1995 (RV-95) Sociedades Bíblicas Unidas; y

LA SANTA BIBLIA© - NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL (NVI) Sociedad Bíblica Internacional, Editorial Vida, Miami, FL 33166-4665. 1999.

Los énfasis en *VERSALITAS*, **negritas** o **MAYÚSCULAS FIJAS** son del Autor.

Además, en esta traducción el término “satanás” y otros que se le relacionan no llevan mayúscula inicial. Se hace así para no reconocer a tal enemigo vencido por nuestro Señor Jesús en el Calvario ninguna preeminencia en la vida del creyente, hasta el punto de incumplir, por lo menos en apariencia, las reglas gramaticales sobre nombres propios.

PREFACIO

¡Desde luego, nadie se molesta nunca en leer el Prefacio!

“Y como la Voz me llega, entonces tomo una decisión”

Hasta del Creador del mundo se dijo: *“Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”* (Jn 1.3; Col 1.16).

Esta es una afirmación, una Palabra sorprendente. Y la Palabra no era una palabra, la Palabra era una Persona.

Se quitó sus ropas de divinidad, dio pasos para poder atravesar las estrellas, entró al vientre de una muchacha campesina ordinaria y se convirtió en el Hijo del Hombre. ¡Qué cosa tan extraordinaria!

Se le envolvió en pañales en un establo—estiércol de animales, fetidez, arañas, bichos, suciedad. ¡Qué bienvenida! ¿Es esto una revelación o una señal? El advenimiento del Amo a este mundo; lo fajaron en mantillas. Escondido, incógnito.

¿Esta revelación se parece a la de un Dueño? Como alguien dijo: “No hace falta que le enseñen a ser ordinario (¿lo necesito?), ¡usted ya es ordinario!” Esa es la verdad. Abrácela.

Dios está en lo ordinario.

De todos los libros sobre “Cómo...” este acerca de **“Cómo Ser Ordinario”** debería ocupar el último lugar. ¡Cómo Ganar, Cómo Prosperar, Cómo Ser Santo, Cómo Ser Victorioso, Cómo Triunfar, Cómo Tener Una Revelación! ¡Este es un libro acerca de Cómo Estar en Bancarrota! ¿Quién quiere el desastre? ¡Desaprender!

El Hijo de Dios entró al mundo disfrazado. Nadie lo reconoció. *“A lo suyo vino, pero los suyos no lo recibieron”* (Jn 1.11 RV-95). Moisés se crió en un palacio. Jesús nació en un establo.

Recordemos que decían de Él: *“¿Cómo hace este hombre para saber estas cosas sin haber estudiado?”* (Jn 7.15 Paráfrasis). Un obrero ordinario y común, un simple carpintero. El Creador del mundo disfrazado. Recordemos que dijo: *“No puedo hacer nada por mí mismo. Decido, según tengo que hacerlo. Cuando oigo la Voz del Padre que me llega, entonces tomo una decisión.”* Este es el modelo, el hombre modelo y patrón.

¿Por esto he perdido todo? He estado al pie, muy cerca. Vine aquí para aprender, no a desaprender. Estoy aquí para ser alguien. No quiero ser nadie. ¿Acaso la verdad “soy ordinario,” pavimenta el camino a lo extraordinario? ¿Es esto el significado de las palabras de Jesús: *“Tengo mucho más que decirles, pero en este momento sería demasiado para ustedes”* (Jn 16.12 VP)?

¿He abrazado la verdad que soy ordinario, un hombre común? Permítanme presentarles algunas pocas situaciones que son comunes a la humanidad. Muy ordinarias. ¿Quién no se ha levantado de la cama en puntillas por temor de despertar al bebé (¡o quizá a la esposa!), de repente, vencido por un ruidoso y rompe oídos e incontrolable estornudo? Todos roncamos.

Pero, con soberbia y orgullo absolutos decimos todo lo contrario. ¿Quién, yo? No, amigo mío; yo no. Me atrevo a afirmar que no hay quien no ronque cuando está sobre la espalda. Eso es muy ordinario.

Alguien con toda cortesía me ofrece una menta en lugar de decirme en forma directa que mi aliento apesta.

La Escritura declara: *“El viento sopla por donde quiere...”* (Jn 3.8 NVI), ¡y muchas veces para nuestra vergüenza! ¡Qué ordinariez!

Reyes y reinas, presidentes y dictadores sorprendentemente son tan ordinarios como lo somos. ¿Quién no ha tenido un resfrío común con una nariz húmeda y que gotea en todo momento?

Nos miramos al espejo y vemos una persona ordinaria. Empero buscamos ser extraordinarios.

Siempre ponemos en el estante de exhibición lo que queremos vender; lo adornamos, lo pintamos, lo arreglamos e intentamos hacer todo a fin de que tenga una apariencia distinta de aquello que en realidad es. Esto se llama orgullo y Dios lo aborrece.

La humildad es una sujeción que para todos nos es obligatoria, nunca jamás es una virtud.

Capítulo 1

Dios está en lo ordinario

Dios exige la verdad en lo interior. Ahora bien, esto no es excusa para ser pecaminoso, rudo o dejarse dominar por la pereza. La gloria de Dios pide la realidad. Dios necesita la verdad en lo íntimo (Sal 51.6).

No sólo en lo exterior. Un soplo y un resoplido, hombros que se palmean, rostros pintados—¡todo cuanto puedo hacer para hincharme! Como me veo mejor en uniforme, entonces que me den uniforme. ¿Puedo usar uniforme? ¿Puedo llevar una capucha? ¿O llevo algo para impresionar?

La Palabra de Dios dice: “...*lo mismo si comen que si beben, que si hacen cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios*” (1 Cor 10.31 VP).

¿Acaso todos no nos relacionamos con esas situaciones? ¿Es algo ordinario? Si la pureza de corazón consiste en ver a Dios en todo, *en las cosas ordinarias*, se me exhorta a dar gracias en todo (1 Tes 5.18); entonces, soy más que vencedor por medio del Señor (Rom 8.37), en todas estas cosas. No luego o después, sino en ellas.

Las puertas grandes se mueven sobre goznes pequeños. Una madre empaca el almuerzo para su hijo. Una madre común y corriente, un hijo ordinario. ¿Qué resulta? ¡Un milagro! Los cinco panes y los dos pececillos; hay más cuando Jesús termina que cuando empezó. ¿Ese muchachito alguna vez se imaginó que el almuerzo empacado por la madre serviría para que toda la humanidad leyera acerca de la gloria de Dios?

Alguien dejó la puerta abierta. El padre de Saúl lo manda a buscar las asnas. Empero, nunca las encontró (1 Sam 9.3, 20) y regresó ungido como rey de Israel. ¿Quién habría soñado que la puerta que quedó abierta traería una situación de donde saldría ungido como rey de Israel?

Tomemos a Ester. ¿Acaso soñó cuando era una jovencita que un día llegaría a ser reina? La Biblia nos dice acerca de ese gozne tan pequeño. “*Aquella misma noche se le fue el sueño el rey...*” (Est 6.1-ss RV-95). El insomnio que aquejó al rey Asuero le permitió enterarse de Mardoqueo y eso hizo ingresar a Ester en la historia del pueblo hebreo. El vigor de una cadena reside en el más débil de sus eslabones. Qué extraño. *Cuán ordinario*. Una noche sin poder dormir.

Una boda en Caná. Ninguna familia considera una boda como algo ordinario; es un día especial. Pero, ¡oh, la vergüenza, pues se acabó el vino! Cuando todo tiene que ser perfecto. Cuando las madres se unen como gatos escaldados, los padres corren de aquí para allá como gallinas que incuban.

Las puertas grandes se mueven sobre goznes pequeños.

¡Y de repente, Pum! “*No tienen vino*” (Jn 2.3 RV). Estas cosas pasan. De nuevo, hubo otra oportunidad para el Hijo de Dios. ¿Y qué sucedió? Bueno, Dios convirtió el agua en vino.

Entonces, ¿cuál es la conclusión? Dios está en lo ordinario. Y lo ordinario es *extraordinario* porque Dios está en eso.

“¿Cuándo te vimos enfermo, Señor? ¿Cuándo estuviste en la cárcel, Señor? ¿Cuándo tuviste hambre y llamaste a la puerta, Señor? *Nunca lo supimos.*”

Y el Señor responderá con estas palabras: “⁴⁰...*Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hicieron...*”⁴⁵...*les*

aseguro que todo lo que no hicieron por una de estas personas más humildes, tampoco por mí lo hicieron” (Mt 25.40, 45 VP).

Capítulo 2

La gloria de Dios versus la gloria del hombre

¿Cuál es su definición de ordinario? Algunos diccionarios pueden decir que es lo común, lo regular, lo que sucede habitualmente. Quizá otra definición sería, vivir en la verdad o andar en la verdad.

La Verdad es la gloria de Dios, no la gloria del hombre. Lo contrario de la verdad es soberbia y orgullo, la gloria del hombre, que es una mentira. El orgullo es una mentira enorme.

Una cosa interesante consiste en que Dios no hace algo tan sólo con el propósito simple de hacerlo. ¡No es de uso común o frecuente y es un principio tremendo! Dios no hace por hacer. Todo lo que hace, lo hace para su propia gloria.

La humildad no es una virtud, es un deber. Pero la vida es una vitrina de exhibición donde el hombre se ofrece a sí mismo para venderse. En otras palabras, se exalta, se glorifica él mismo y se infla como un globo enorme.

Por gloria de Dios, queremos significar el crédito que se debe a su nombre santo.

Oigan este cuento que es una historia real. En Dublín, un policía de seguridad encontró un caballo muerto en la Calle McConnaghy. Como no sabía deletrear ni escribir McConnaghy para hacer su informe, tomó la decisión de arrastrar el caballo muerto hasta la esquina de la Calle King. ¿Cuántos de nosotros no hemos arrastrado nuestros caballos muertos hasta la esquina en lugar de tratar con la verdad?

El joyero que encuentra la perla de gran precio desaloja y limpia *todo* su mostrador. ¿Dije todo? Sólo hay una cosa que permite en su estante. Es una cajita negra. Es bien probable que no valga ni siquiera un dólar americano. Pero la deja en el estante porque no distrae, no atrae. En realidad, como fondo, realza la perla de gran precio y así, entonces, pone la perla de gran precio en la cajita negra.

Y esto coincide con la declaración de la Escritura: *“Pero tenemos este tesoro en vasijas de barro [¿Por qué y para qué?] para que se vea que tan sublime poder viene de Dios y no [no, no, NO] de nosotros”* (2 Cor 4.7 NVI).

Dios es celoso (Dt 4.24; 5.9) y vale la pena recordar que uno de sus muchos nombres es Celoso (Éx 34.14). Ahora bien, Él es correcto en su celo. Todos los demás son incorrectos en sus celos; en cambio Dios es recto. ¡El celo de Dios trata con aquello que en forma total y absoluta le pertenece exclusivamente a Él! Además, el celo humano se relaciona con lo que le pertenece a otro.

El orgullo es un sustituto para la gracia porque no reconoce lo que ha recibido por gracia. El orgullo cree que merece lo que Dios ha dado, y de este modo se exalta por encima de Dios (cree que es Dios) y viene a ser enemigo del Señor. Esto enfatiza la importancia de ser ordinario.

La humildad no es una virtud. Es una obligación.

Sin Dios somos impotentes, pero todos nosotros, si duda alguna, creemos que somos importantes.

¿Cuántos de nosotros no hemos actuado como importantes, vestido como importantes, hablado como importantes y pretendido ser importantes, sobre la base de querer vendernos y exaltarnos ante los ojos humanos?

Es bueno recordar las palabras que Samuel le dirigió a Saúl: “...*aunque eras pequeño a tus propios ojos...*” (1 Sam 15.17 BDLA). ¿Cómo se ve usted? ¿Se ve como algo de mucha importancia o qué?

Dios hace mucho con poco, hace lo máximo con lo mínimo y hace todo con nada. ¿Dónde está el hombre que se ve como nada? El hombre que es poco ante sus propios ojos, tiene un dios grande. El hombre que es nada ante su propia vista, ve a Dios conforme Él es. Claro que para Dios, *soy nada*. Esa es la verdad. Pero, ¿ando en la verdad, creo en la verdad o proyecto una mentira? “...*El Hijo no puede hacer nada por sí mismo...*” (Jn 5.19 BAD).

No olvide que nuestro Señor Jesucristo vino al mundo de incógnito, sin ser conocido, un bebé en un establo. ¡Despoje esto de su hipócrita ornamentación navideña y véalo! Un bebé en un apestoso y viejo establo para animales, con estiércol maloliente de reses, arañas, y con certeza ratas y ratones. Así vino el Salvador del mundo a nuestro planeta. Irreconocido, sin ser notado.

Y luego afirmó: “Por mí mismo, nada puedo hacer.” En realidad, ¿creo eso acerca del Señor Jesús? Independientemente, dijo que por Él no podía hacer nada. Y, con todo, este maravilloso Hijo del Hombre, luego de dar esa declaración, entonces hizo todo. Así el hombre más negativo en todo el mundo viene a ser el más positivo. Sana los enfermos. Levanta muertos. Multiplica cinco panes y dos peces; hay más cuando termina que cuando empieza. Vuelve al revés la tabla de multiplicar.

Y, sin embargo, cuán ordinario—un trabajador, un carpintero. Se despojó de toda fama, “...*renunció a lo que era suyo y tomó naturaleza de siervo...*” (Flp 2.7 VP).

¡Qué ordinariez, cuán ordinario! También luego dijeron: “...*¿Cómo sabe éste letras sin haber estudiado?*” (Jn 7.15 RV). Fue un enigma. Fue un problema porque era por completo ordinario y se despojó de toda reputación.

Hubo una enorme altivez en estas palabras de los fariseos: “...*no somos nacidos de fornicación...*” (Jn 8.41 RV). Claro que antes habían dicho: “...*este hombre expulsa demonios en el nombre de satanás, rey de los demonios*” (Mt 12.24 BAD). Ya sabemos que el Señor recibió toda ofensa. Nuestro ordinario Jesús, sin ninguna fama.

El Señor antes había hecho una invitación: “*Acepten el yugo que les pongo, y aprendan de mí...*” (Mt 11.29 VP). En realidad, ¿quiero aprender de Él? ¿Quiero seguir sus pasos? ¿No hablar acerca de mí, no exaltarme yo mismo?

Hay un secreto sorprendente. Este Salvador mío tiene cables eléctricos de encendido que son invisibles.

Quedé varado en la carretera de la vida, con mi batería muerta. Traté de empujar pero no sirvió. En plena desesperación me paré en la cuneta cuando vi venir a esta veloz y vibrante Persona. Se detuvo. Llegó, como el buen samaritano, hasta donde yo estaba. Le expliqué con toda la verdad: “No tengo energía.” Entonces me dijo: “Está bien. Tome mis cables de encendido.” Negativo a negativo; positivo a positivo, me los aplica. ¡Negativo con negativo, positivo con positivo y ya estoy de nuevo, con fuerza anormal en la vida!

--“Estoy tan reconocido. Gracias. Oh, ¡muchísimas gracias! ¿Quién es usted?

--“¿Yo? Me llamo Jesús Empujador.”

--“Bueno. ¡Que cosa maravillosa! Muchísimas gracias.”

--“No, no, oiga—mis cables de encendido no arrancan conmigo. Están conectados a mi Padre. No son míos. Estoy conectado con mi Padre. Precisamente de la misma manera en que lo conecté a usted conmigo. Y cuando venga a ser uno conmigo, puesto que soy uno con mi Padre, entonces la energía y el poder fluirán sobre usted. ¿Entiende?”

“Bueno, entonces tomen mi yugo, aprendan de mí (Mt 11.29). Y vean esto, todo está en lo negativo. Lo positivo necesita lo negativo.”

Y entonces, comencé a ver algo. ¡Él, que tiene todo el poder del mundo declara que ese poder se le dio a Él—le fue dado a Él! “Por mí mismo, nada puedo hacer.” “...*Las palabras que digo, no las digo por mi propia cuenta, sino que el Padre que vive en mí, hace sus obras*” (Jn 14.10 BDLA). Tuyo es el poder. Tuya es la gloria (Mt 6.13).

¿Comprenden bien eso? ¡Oigan! Entonces, tomen mi yugo, tomen mi yugo, y aprendan de mí (Mt 11.29).

Capítulo 3

“¿Quién dicen ustedes que son?”

Muy bien, del Hijo de Dios vamos a pasar a Juan el Bautista.

Aquí hubo un hombre que apareció en el propósito de Dios. A pocos individuos se les cuestionó tanto como a Juan el Bautista. Todos se preguntaban si era el Mesías que iba a venir. ¿Qué dices de ti mismo? “Él dijo: Soy la voz de uno que clama en el desierto...” (Jn 1.23 BDLA). Carecía de trajes que lo recomendaran, sin uniforme, nada en sus ropas, nada en su apariencia que atrajese a los hombres.

Aquí está este hombre, ordinario como el Maestro, heraldo pero sin que toque trompeta sobre sí mismo. Le preguntaron: “¿Quién dices que eres? ¿De dónde vienes?” y apenas declara lo ordinario que es.

“¿Qué dices acerca de ti?” y responde: “Es necesario que Él crezca y que yo disminuya” (Jn 3.30 RV-95). “Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, de quien no soy digno de desatar la correa del calzado” (Jn 1.27 RV). “Una voz. Esa es la importancia que tengo. He venido a proclamar y a servir de heraldo a Otro. Vine a declarar a Otro.” Y este Juan el Bautista. Bastante ordinario. Nada acerca de sí mismo, sino todo para decir acerca de Jesús el Señor, el que vendría.

Miremos los discípulos. Pedro, Andrés, Jacobo, Juan. Según el archivo bíblico eran apenas pescadores ordinarios. El mundo los ha puesto en pedestales y hasta hay catedrales que llevan sus nombres. Pero mientras vivieron, eran hombres muy ordinarios. Incluso reñían sobre quién sería el más grande.

Eran individuos ordinarios y comunes. Los que tenían el oficio de pescadores arreglaban, limpiaban sus redes y atrapaban peces con ellas. Pedro negó al Señor, ¡pomposo, arrogante! Cuán ordinario. Tal como todos nosotros. Nada había para recomendarlos; simples jarros, vasijas de tierra en cuyo interior Dios puso su tesoro.

Eran pescadores muy ordinarios.

El mundo los ha puesto en podios.

Hay catedrales que llevan sus nombres

Tómese otro personaje de la Biblia. David. Si alguna vez un hombre se hundió bien abajo y tuvo que saltar para intentar salir del fondo, con certeza fue David. Deshonesto, lascivo, tomó la esposa de un hombre que no la podía defender; luego procuró embriagarlo y hacerlo ir a su hogar para cubrir el hecho que él, David, había embarazado a la mujer.

La historia de David y Betsabé es de mucho interés y enfatiza el hecho sobresaliente que David era un hombre común. Sin embargo, y de acuerdo con la Biblia, fue una persona según el mismo corazón de Dios (Hch 13.22). Y luego, como para coronar todo... la conjura, el ardid y por último el triunfo de las maquinaciones, pues para acabar con el hombre le hace llevar una carta al propio general del ejército, Joab, donde escribió:

“...Pongan a Urías al frente de la batalla, donde la lucha sea más dura. Luego déjenlo solo para que lo hieran y lo maten” (2 Sam 11.15 NVI). ¡Cuán despreciable, cuán ordinario!

Pero ustedes dirán: “¿Esto fue necesario?” ¡Bueno, tienen toda la libertad para preguntarle a Dios! Así lo dispuso el Todopoderoso para que quedara en las Escrituras.

Pero recuerden eso sí, que en la Santa Biblia no se ocultan ni los fracasos ni las fallas de los seres humanos.

La verdad se debe proclamar—si es necesario a gritos—desde las azoteas (Lc 12.3). Pablo riñó con Bernabé y eso casi que origina una derrota en los propósitos del Espíritu Santo. Así, entonces, abandonó el propósito y entró en la voluntad permisiva de Dios. La contienda entre los dos fue muy aguda, hasta el punto que se separaron y tomaron caminos distintos (Hch 15.36-39).

Capítulo 4

Pero, entonces ¿no hay hombres grandes?

Viví por una temporada con un hombre *ordinario* que todos piensan que fue *extraordinario*. Su nombre: Smith Wigglesworth. Se han escrito libros acerca de este hombre maravilloso. Pero, ¿es esa la verdad? ¿Hay hombres maravillosos? ¿O sólo hay Uno que es maravilloso? *Y su nombre es Jesús.*

Wigglesworth era obrero, su oficio era plomería. Abandonó la escuela a los ocho años para ir a arrancar nabos. Cuando fui a esperarlo en la estación del ferrocarril, alcé sus maletas. Mi amigo Jack Hardy trajo el carro.

Pero Smith Wigglesworth dio una mirada al auto y dijo: “¿Qué pasa con eso? ¡No me voy a montar allí!” Jack era un joven que hizo lo mejor que pudo y habíamos ido a la estación del tren para recibir al gran hombre, que era ordinario como cualquier otra persona, y tan ordinario que ni siquiera quiso entrar en la provisión de adelantos técnicos que Dios dispuso.

Jack se disculpó: “Bueno, lamento lo del humo del escape, el mal olor y todo lo demás.” Entonces el gran hombre dijo: “Está bien, ¡pero no voy a entrar en eso!”

Así, pues, sugerí: “Muy bien; mire, podemos tomar un bus, hermano, si usted prefiere.” Y comencé a explicarle: “Hay dos líneas de buses, ambas tienen el mismo aviso al frente, Huthwaite. Pero no queremos la línea 101, necesitamos la línea 106.” Pero en ese momento apareció el bus 101 y Wigglesworth dijo “Huthwaite,” y se subió al bus equivocado.

¿Y qué puede usted hacer cuando el hombre de Dios comete un error? Se trepó al bus equivocado. Todo lo que pude hacer fue seguirlo, pagar los pasajes y cuando salimos del bus tuvimos que andar como si nunca lo hubiéramos tomado.

Todo está bien para la gente *ordinaria*, ¡pero usted no espera en realidad que los grandes hombres hagan cosas como esa! ¿O no serán grandes hombres? ¿O todos cometemos errores y somos todos ordinarios?

Bueno, ocupé el mismo dormitorio con Smith Wigglesworth. Hacía toda la misma clase de ruidos que los demás hacemos. Mi esposa le lavaba la ropa. ¿Por qué? Porque estaba sucia. Y este gran hermano estaba en sus negocios.

No sé si podría deletrear. ¿Y acaso escribía? ¿Sabía leer? ¿Podía sumar? Dejó la escuela cuando tenía ocho años. Fue un hombre del Espíritu Santo, pero no era ciertamente lo que se puede decir un hombre ilustrado.

Me parece que casi al fin de su vida, la esposa, Polly, le enseñó los rudimentos de la lectura y también quizá los de escribir. Pienso en todas las prisas y las controversias que la gente hizo acerca de este así llamado “gran hombre,” pero que era tan ordinario como cualquiera otro.

Lo he visto en una reunión y alguien salió y le pregunta: “¿Salió antes?” Y la respuesta: “Sí, claro que sí.” Y le dice: “Regrese, devuélvase.” Pero, desde luego, el gran hombre lo dijo y usted no lo cuestiona. Si a sus ojos un hombre pequeño lo hubiera dicho, usted lo habría juzgado.

Fue bendecido de Dios, maravillosamente bendecido en su ordinariez. Por una gran cantidad de años dirigió las Reuniones de Pascua Pentecostal de Cheatham Street. Impresionante. Era algo regular, Wigglesworth hacía obrar las reuniones como un solo cuerpo. En una sesión dijo: “Todos los que creen que Dios está aquí, levanten la mano.” Lo hicieron. “Todos los que creen que Dios se moverá poderosamente este noche, levanten ambas manos.” Lo hicieron. Y Dios se movió con todo su poder.

Pero entonces eso se volvió una fórmula. Dios no es una fórmula. “*Llámelo y reclámelo.*” “*Confíeselo y aprópieselo.*” Cuando Dios lo dice, obra. Empero, cuando usted convierte a Dios en una rutina, nada de lo que diga va a suceder. Bueno, entonces, eso vino a ser algo así como si fuera una especie de fórmula.

Una vez vi un hombre que fue a buscar sanidad y Wigglesworth le dio un vigoroso puñetazo en el estómago. Cuando el hombre se dobló, pensé: “¡Oh Dios! Si este hombre necesitaba sanidad antes de pasar adelante, ahora sí la necesita de verdad.” Pero, ¿qué puede usted hacer cuando el gran hombre está al frente? Porque dice: “¡No trato con enfermedades, trato con el diablo!” Claro que entonces, como lo dijo el gran hombre, nadie se atreve a chistar y ninguno se atreve a cuestionar nada. ¿Qué sucede? ¿No hay grandes hombres? ¿O hay sólo un sitio donde todos los hombres tienen pies de barro, donde todos los hombres en algún momento pecan y fallan? ¿Acaso, por esto no necesitamos el ministerio del Cuerpo? ¿Acaso no es este el fracaso del espectáculo de un-hombre-solo a fin de que vivamos para el gran hombre y no nos atrevamos a decir nada porque el gran hombre es este GRAN HOMBRE?

Vivimos ante él y no osamos cuestionarlo y de este modo su ordinariez queda cubierta y oculta. No todos saben que Wigglesworth, el sanador (aunque declaró “¡Dios es quien sana, no yo!”) sufrió muchísimo con cálculos en la vesícula.

Jimmy Salter, el yerno, con frecuencia debía ayudarlo en las reuniones, ya cerca del final de su vida cuando las hemorragias casi le impedían ministrar. Iba a una reunión y Dios sanaba a otros en tanto que él mismo no se sanaba. Su propia hija, Alice, cuando regresó de África quedó sorda como consecuencia de las fiebres. Y tuvo que usar una enorme trompeta acústica, Alice, la hija de Wigglesworth, era sorda. En aquellos días, muchísimo antes del invento de los audífonos, quienes eran un tanto duros de oído tenían que manejar grandes trompetas acústicas. El extremo amplio capturaba los sonidos que se querían oír y el extremo pequeño se aplicaba a la oreja. No había manera de ocultar esa evidencia tan obvia del fracaso de Wigglesworth para obtener mediante la oración la sanidad de su hija en tanto que otros por quienes oraba, sí eran sanos.

“Alice,” la llamaba mientras ella llevaba los libros y folletos que se iban a repartir en el curso de una reunión, “¿dónde pusiste las cajas?”

“¿Sí, qué? ¿El qué?”

“Las cajas.”

“¿Caras? ¿Las caras de quién?” Preguntaba ella.

“¡No! ¡Caramba, caras no, cajas!” Rugía él, iracundo. Aquí estaba un hombre, un poderoso varón de Dios, que daba sanidad a todos los enfermos y, en cambio, su propia hija era un obstáculo total y una completa vergüenza, para recordarle, y recordar a todos los que conocían a Alice, a usted y a mí, que la gloria de todas esas sanidades pertenece a Dios.

Quizá fue como el aguijón de Pablo en la carne para guardar y proteger la gloria de Dios. Bueno, la gloria de Dios no exige gente maravillosa, sino todo lo contrario, lo opuesto. Pide que quienes sean ordinarios reconozcan cuán ordinarios son, a fin de que en ellos pueda habitar y permanecer la Verdad, que es la gloria de Dios.

Capítulo 5

“¡Bueno, la fantasía de Dios se mueve en mi antigua iglesia después de haberme ido!”

Recuerdo con mucho detalle una temporada, bastante atrás en 1934. En efecto, me habían expulsado de la Iglesia de Inglaterra ese año, por el simple hecho de haber abrazado la enseñanza de los pentecostales.

Me llevaron ante un tribunal:

“¿Cree usted en hablar en otras lenguas?”

“Sí.”

“¿Ha hablado en lenguas?”

“Sí.”

“¿Hay otros como usted comprometidos en ese movimiento?”

¡Y así puse mi cabeza! En 1934 hablar en lenguas, ¡era como ser leproso sin campana! La gente se revolvió. “¡Oh! ¿Pentecostales? ¿Personas con lenguas? ¿Lenguas? ¡Ruedan por el piso! ¡Escupen sangre! ¡Trepan por las paredes! ¡El diablo los posee!” Hoy la glosolalia es la denominación que crece con mayor rapidez en el mundo. ¡Cómo han cambiado los tiempos entre 1934 y ahora!

Aterricé en el regazo de los pentecostales y estos queridos hermanos sugirieron que hasta cuando supiera lo que Dios quería hacer con mi vida, me encargara de una iglesia satélite, es decir, hija de la gran Iglesia Pentecostal. No era una obra muy grande. Estaba en un sitio de Nottinghamshire llamado Huthwaite. Allí podía haber como cuarenta personas en los servicios dominicales.

Todos los domingos había un grupo de jovencitas en la última fila, muchachas típicas entre 13 y 16 años, de las que son ‘risitas para todo.’ Charlaban, retozaban, se reían con una risita falsa e inoportuna. Se sacaban el chicle de la boca y lo metían de nuevo para hacer bombas y burbujas, echaban papeles de caramelos al piso sin tener en cuenta ni respetar para nada la majestad del santuario, en cuyo otro extremo me encontraba con la Biblia abierta mientras predicaba mi maravilloso sermón.

Bueno, me enfurecían tanto que podría haber tomado el Libro y arrojárselo a la cabeza. También las juzgaba. Incluso creo que llegué a pensar: “Me gustaría que desaparecieran de este planeta.”

Ahora bien, eso no conduce a la unción y así muy pronto me encontré que iba a las reuniones con mucho resentimiento. Unas cuantas semanas más tarde, renuncié y me fui a Londres. Ahora tenía a mi cargo las Asambleas de Dios de New Southgate. Había 44 pastores y yo era el más joven. Era algo casi obligatorio, por cuanto una vez por mes deberíamos tener una reunión de negocios que se podría definir como el caso donde una compañía gasta horas sobre los minutos [aquí hay juego de palabras bastante obvio, pues en inglés ‘minutas’ es el mismo término que ‘minutos’].

En una de esas reuniones, alguien llevó un informe acerca del mover de Dios en la región de las Midlands. Aparentemente una jovencita de 17 años había ido hasta el lugar donde estaba nuestro amado Presidente, el Reverendo Donald Gee, le puso las manos en la cabeza y declaró que... ¡a menos que se arrepintiera de su orgullo, Dios iba a tratar con él! Bueno, todos asintieron, eso no estaba bien, eso no era... eso no estaba... “¡No es correcto que una mujer, y sobre todo una joven de menos de 20 años de edad, reprenda al Presidente de las Asambleas de Dios! ¿Quién se ha creído ella que es? ¿Cómo se atreve?”

“Hermanos, si eso no es de Dios, entonces nada pasará; pero si es de Dios, no lo pueden superar ni vencer (Hch 5.38-39).” Deberíamos, por tanto estar en espera. “*Quédense quietos, reconozcan que yo soy Dios...*” (Sal 46.10 NVI).

Bueno, oí hasta este punto y decidí que en la primera oportunidad me iba a enterar. Iría a mi antigua iglesia en Huthwaite para ver por mí mismo.

Según el informe, Dios se movía allí, tenían avivamiento y sucedían cosas. Entonces pensé: “¡Bueno, la fantasía de Dios se mueve en mi antigua iglesia, después que salí! Y me acordé de las muchachas de la fila trasera con sus risas tontas por y para todo, el chicle, los retozos, la falta de atención que me llevó a juzgarlas, me hizo perder la unción y hastairme de allí.

Al fin llegó el día en que pude ir a mi antigua iglesia; el ruido y el alboroto eran tremendos. Los pude oír desde muy lejos. ¡Puse la mano en la puerta, la abrí y todo me golpeó! Algunos gritaban, otros lloraban, sin faltar los que reían, vi unos cuantos tirados en el piso y todo sucedía al mismo tiempo. A juzgar por el espectáculo pensé: “Esto no puede ser de Dios.” Y volví a la puerta. Me aparté para salir e irme.

En ese momento un hermano me reconoció como el antiguo pastor. Corrió tras de mí: “Hermano Arthur, hermano Burt, ¡qué alegría verlo! Venga. Entre, Pastor.” No conté con agallas ni valor para decirle cómo me sentía por dentro y me sometí a ingresar de nuevo al templo. Bueno, me senté y comencé a criticar todo.

Sólo había estado unos pocos minutos cuando sonaron unos golpes tremendos en la entrada ¡bang, bang! El portero abrió y allí estaba un hombre gigantesco, iracundo que maldecía y gritaba como una fiera: “¡Quiero mi mujer! ¡Devuélvanme mi mujer inmediatamente!” El hermano de la puerta le dijo: “Está en el piso. No la puse allí; si quiere sáquela.” Observé entonces cómo ese enorme hombre entró con suma prisa. Saltó sobre una o dos personas extendidas en el suelo y fue hasta donde encontró a su mujer. Parecía como si la fuera a patear, pero ella estaba en el mundo del Señor. El hombre levantó los ojos y algo sucedió. Se puso pálido como un muerto y de pronto pasó a ser un ratoncito lleno de miedo. Asustado, fue a la entrada y salió como si hubiera visto al mismo satanás.

Pero seguí en mis trece mientras miraba todo y juzgaba todo. “¡Oh no, oh no!” pensé. “No puede ser. ¡Pero ahí está!” En el otro extremo del salón había una jovencita que, con las manos levantadas al cielo, se abría camino entre los cuerpos postrados en el piso y se encaminaba hacia mí.

¡Lizzie Hayes! Es la tal Lizzie Hayes, una de aquellas chicas ‘risitas para todo’ de la fila de atrás en la congregación que tuve en Huthwaite, de ese grupito que siempre estaba con el chicle en la boca, los dulces, las fotos de estrellas del cine, Les habría dado con la Biblia, por lo molesto que me mantenían en todo momento. Con una mirada hacia ella, decidí: “No tienes nada de Dios.” Pensé, “Me reconoce como su antiguo pastor y ahora, vamos a tener aquí una función, ‘*Sí, dice el Señor*’—¡pero, te equivocas, no la vamos a permitir!”

Recuerdo cómo me sentí en ese momento. Me da una enorme vergüenza, pero debo confesarlo: “¡Te acercas, me pones las manos y te escupo el rostro!” Entonces me levanté, recorrí muy despacio todo el salón y me fui a sentar fuera de su vista y de su alcance, mientras atisbaba a través de los dedos cómo avanzaba ella. No se detuvo en ninguna parte, no se detuvo con nadie.

Y aquí estaba, venía hacia donde yo me encontraba. Por último quedó enfrente de mí. Entonces dejé de mirar por entre los dedos. Le clavé los ojos y pensé: “Sí; cuando me toques...” y mi actitud era: “Te escupiré la cara.”

Las manos de Lizzie cayeron sobre mí y hubo un choque eléctrico que corrió por todo mi cuerpo. Todo dentro de mí se convirtió en gelatina como si no hubiera nada más

en la sala. Pude oír su voz a medida que revelaba los pensamientos de mi rebelde corazón. Entonces clamé: “Oh Dios, oh Dios, ten misericordia de mí.”

Supe que era el Señor. Supe que no era esa desventurada jovencita. Sabía que la voz de Dios me hablaba a través de ella. Y esa noche cambió mi vida. Regresé a Londres. Cancelé todos mis compromisos y tomé la decisión de regresar a la región de las Midlands. No había provisión para mí, ni tampoco había cosa alguna que me atrajese. No regresé a la nada, sino tan sólo regresé al avivamiento de Dios.

Y sucedían cosas tremendas. Con frecuencia las reuniones iban hasta las tres de la mañana. La monotonía, el cansancio, la rutina, eran factores desconocidos. Eran de un ámbito distinto. Estábamos en el plano del Espíritu. Las cosas que estaban muertas de repente volvían a la vida, plenas de las bendiciones y del poder de Dios. Las personas quedaban tiradas en el sitio, inútiles del todo, mientras reían impotentes.

Capítulo 6

El Señor descubre los secretos de nuestras vidas.

“¡Oh Dios, retira tu mano! ¡No resisto más!” clamaba un ministro presbiteriano visitante. Rodaba sobre el suelo cuando llegó otra ola y luego vino otra y otra más. Había personas de las vecindades y también de lejos. Y el Señor revelaba los secretos de sus corazones y de sus pensamientos.

Cierta noche, yacía una joven echada sobre el piso. Ya eran casi las tres de la mañana y decidimos que era el momento de ir a dormir. Entonces, cuatro de nosotros fuimos a levantarla a fin de pasarla a un sofá, pues pensábamos que se debería cerrar el salón e irnos. ¡No la pudimos mover! Parecía atornillada al suelo. ¡Y éramos cuatro hombres fuertes sin que la pudiéramos alzar! Fue preciso esperar hasta cuando la Majestad Soberana del Espíritu Santo quiso terminar la entrevista con ella.

Como si fuera ayer puedo ver la cabeza del hombre que estaba en el piso delante de mí. Yo me sentaba en una silla y él yacía en el suelo. Allí rodaba, luchaba, peleaba, mientras el sudor le corría por todo el cuerpo. Procuró ponerse de pie pero no pudo. Como si una mano invisible lo tuviera preso y lo obligara a permanecer hasta cuando por último arregló sus cuentas con Dios. Entonces se levantó bañado en sudor, tembloroso, exhausto. Vino hasta mí y me dijo: “Por favor, le ruego que me acompañe afuera.” Salimos, caminamos alrededor del cementerio mientras se apoyaba en mi brazo, y me contó su historia.

La misión le había pagado el estudio para ir a la Escuela Bíblica de Howard Carter en Hampstead, Londres. Después de dos años, la Escuela lo envió a un pueblo del condado de Durham para dirigir una congregación pequeña. En la iglesia había un hombre bondadoso—padre de tres hijas—que le dio alojamiento en su casa. Este hermano comenzó a cortejar a la mayor de las muchachas, después embarazó a la de la mitad y luego su atención y sus coqueteos se dedicaron por entero a la menor. Cuando el padre descubrió lo que pasaba, metió la cabeza en el horno de gas de la estufa y se suicidó. Entonces, el hombre regresó a la misión. Y todo esto salió a la luz a medida que el Espíritu Santo trataba con él.

Vi personas con las manos levantadas al cielo y no las podían bajar. Quedaban estáticas. La fijación de los miembros parecía ser algo que entraba con mucha frecuencia en el programa de Dios. La gente yacía inútil en el suelo, sin poder ponerse de pie, o elevaban las manos a los cielos sin poder bajarlas. Ahora retrocedo muchos años y este es el recuerdo que tengo de aquellos días.

Había un joven muy bien parecido. De todos los muchachos era el más atractivo, el más elegible entre los estudiantes y así lo negoció. Coqueteaba con esta muchacha, le sonreía a la de más allá, galanteaba a la otra, luego seducía a una más y la cambiaba por otra. También era dueño de una hermosa motocicleta. Y recuerdo cómo Dios trató con él. En una reunión el Señor se movió sobre él por medio de un canal muy ordinario. Que resultó ser una jovencita muy delgada, una nada, una nadie, pero investida con el poder absoluto de Dios.

Ahora puedo oír aquella voz: “El Señor te da diez minutos; te descubres por ti mismo o serás descubierto.” Pasaron los diez minutos, ella regresó y puso al desnudo los secretos de la vida de ese joven. Pude observar la manera en que se encogió y se contrajo ante la unción del Espíritu Santo.

No me permito juzgar, pero sí puedo decir que algún tiempo después estaba fuera en su moto y como una mariposa sobre los manubrios atravesó una pared de vidrio. Toda la apariencia de hermosura en sus facciones desapareció al destruirse el rostro con el

golpe. Casi quedó ciego por completo. Y, luego de eso, si yo lo veía y le gritaba, sólo respondía a la voz porque en la práctica perdió la vista después de lo sucedido.

La noche de Pearl Harbor está impresa sobre mí como una cicatriz. Estábamos en la reunión aquella noche y oí detrás de mí: “¡No, No, NO!” Miré alrededor y esta joven tomó sus cosas, saltó de la silla, corrió al pasillo y atravesó las puertas de vaivén y todo lo que pude oír era ese “¡No, NO, NO!”...casi un chillido, como si alguien la violara. Luego hubo un ruido sordo y pensé “¡Oh Dios, esa fue la cabeza contra el piso!” Entonces, de pronto oí; “¡Oh, sí, SÍ Señor, SÍ Señor, AMÉN!” Se abrieron las puertas de vaivén y miré alrededor. Su rostro estaba radiante. Bajó por el pasillo hasta el frente de la reunión donde había una mesa y una silla, nada más. Comenzó a actuar algo ante nuestros ojos, como si fuera un mimo o una charada. Pero repentinamente el Espíritu Santo entró en acción y no fue necesaria ninguna palabra explicativa.

La joven tomó un espejo. Ahora bien, allí no había ningún espejo, pero usted sabía que era un espejo. Luego se puso el sombrero, le dio unos golpecitos para arreglarlo y que le quedara mejor, sonrió al espejo, se volvió a las personas que la miraban y dijo: “Yo. ¡Yo!” Y supimos que el Espíritu Santo trataba con su vanidad. Luego, observé cuando abría un cajón. Pero en la mesa no había cajones. Miró a un lado y después al otro lado. Metió la mano en el imaginario cajón y sacó varias cosas. Las metió en su bolso que estaba a su lado. Tampoco había bolso ni cajones. Pero el Espíritu Santo simplemente revivió y creó todo a fin de que supiéramos. Todos observábamos en silencio, con suma atención. Por último el Espíritu de Dios la movió y la hizo ir a muchos en la reunión—eran ya las primeras horas de la mañana—para revelar los secretos de sus vidas.

Primero el Espíritu trató con ella, y entonces, como Él tiene sus caminos, la usó en su pequeñez e insignificancia a fin de dar a conocer los pensamientos del corazón de esas personas.

Es posible encontrar esto en las Escrituras: “*Así quedará al descubierto lo más profundo de su corazón...*” (1 Cor 14.25 VP). “*¿Acaso Dios no lo habría descubierto, ya que Él conoce los más íntimos secretos?*” (Sal 44.21 NVI).

Usted puede recordar cómo en el caso de Ananías y Safira (Hch 5.3-4) o en el de Giezi, el criado de Eliseo (2 R 4.25-26) y en otros ejemplos, Dios reveló lo oculto de los corazones en los hombres.

Capítulo 7

El Señor hace cosas sorprendentes con insignificantes (ningunos).

Ahora lo extraordinario y admirable consiste en que Dios lo hizo todo con individuos desconocidos y sencillos. Vi cómo el Espíritu Santo utilizó a gente ordinaria, casi como cuando se infla un globo, sobre todo si usted jamás ha visto un globo con la apariencia de un animal o de una persona. Entonces, a medida que el aliento entra al globo, éste se levanta según la forma que el aire tome en su interior.

Tuvimos noches y noches de reuniones que iban hasta la una o dos de la mañana. Esto pasó en un pueblo donde los niños debían ir a la escuela, y los hombres a trabajar en las minas de carbón. Fue una invasión directa del soberano Espíritu de Dios.

Una de esas noches se puso en pie un pastor y dijo: “Mañana, cerraremos la reunión a las nueve. Nos acostaremos temprano.” En efecto, la noche siguiente, se levantó para anunciar que la reunión terminaba, fue por el pasillo y abrió la puerta de atrás. Entonces el Espíritu Santo entró en una muchacha bien ordinaria y común, Lizzy Hayes. Vi cómo el Espíritu de Dios la levantó de la silla y la transformó. Como una reina, subió y confrontó al hermano que había anunciado el cierre de la reunión, le tocó y ¡ZAS! ¡Se fue abajo! Y allí quedó tirado en el suelo. Con toda la suprema majestad de una soberana, levantó la mano, miró desdeñosamente al hombre en el piso y le oí decir: “¿Te atreverás, TE ATREVERÁS a encerrar al Santo en una diminuta hora?” Luego, dio una vuelta y regresó como una emperatriz con toda majestad, tomó su asiento y volvió a ser la ordinaria Lizzy Hayes de siempre.

Y esto continuó por semanas y semanas y semanas. Dios tomaba a esta jovencita y la usaba de muchas maneras. Incluso corrió el rumor que se había levantado e impuesto manos al Reverendo Donald Gee, el Presidente de las Asambleas de Dios para decirle: “Eres un hombre orgulloso, altanero, y a menos que te humilles y te arrepientas de la soberbia, el Señor tratará contigo.”

Y durante seis semanas el hermano Donald Gee se sometió y temblaba bajo esa palabra. Pero otros hermanos lograron convencerlo en contra, “¿Qué es eso? ¿Una brizna de muchacha? ¿Una adolescente? ¡Y mujer! ¿Cómo se atreve a reprender al líder?” Por último se dejó disuadir y hasta donde tengo conocimiento, rechazó el mensaje. No estoy seguro de eso, pues eso es todo lo que sé.

Las reuniones siguieron en la región de las Midlands. Venía gente de cerca y de lejos. Allí estaba lo sobrenatural. El tiempo parecía que se hubiera quedado quieto y que los relojes se detuvieran. La gente tenía visiones. Algunos clamaban, mientras otros huían.

Una mujer imprudentemente iba a las reuniones y permanecía hasta el fin, es decir, a la una o dos de la madrugada. Su esposo era el encargado de la oficina de correos en el pueblo. Era inconvencional. De modo muy obvio, la juzgaba, pues llegaba al hogar a las dos o tres de la mañana. Supuso que estaría enredada con uno (o con varios) de los miembros de la misión. Esta mujer, en lugar de pretender ganar a su esposo en alguna forma, como la Biblia dice en 1 Pedro 3.1, se encontró echada de la casa. Creo que tuvo que ir a quedarse en alguna caseta o letrina pública o algo por el estilo, porque el esposo la expulsó del hogar y rehusaba dejarla entrar. Entonces, como no tenía adonde ir mi esposa y yo la llevamos a nuestra casa. Luego, el marido difundió por todo el pueblo que yo le había robado su mujer. ¡Estaba enfurecido y rabioso contra esos fanáticos de la misión.

Una noche, se abrió la puerta del local de nuestras reuniones. El hombre entró. Estaba borracho y tenía un revólver. Mientras hacía eses y se tropezaba con todo, fue

hasta donde me sentaba en la parte de adelante con otros dos hermanos. Con toda clase de palabrotas me insultó y me apuntaba con su arma, sin dispararme y obviamente no me dio muerte. Me lanzó toda la cantidad de maldiciones que conocía y algunas adicionales nuevas. Luego salió a la puerta trasera de la misión, tomó una lata con parafina y le prendió fuego al lugar. ¡Le habíamos pedido a Dios que enviara fuego, pero no tan literalmente como ese incendio!

Las acusaciones llovieron sobre la misión. Se nos amenazó con aplastar nuestras casas y las cosas se pusieron muy, pero muy peligrosas. Por lo general es así. “*Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución*” (2 Tim 3.12 RV). La persecución es el impuesto del ingreso de Dios. Poco ingreso, poco impuesto. Gran ingreso, gran impuesto. Ningún ingreso, ningún impuesto. Bien lo comprobamos en aquellos días. Dios se movía y también el infierno. Las reuniones siguieron. La gente venía, la gente se iba.

¿Quién era esa muchachita Lizzy Hayes? Era la sobresaliente que usaba Dios una y otra vez. La gente caía bajo el poder del Espíritu Santo, se revelaban los secretos de los corazones y todo por medio de una flacuchenta joven, una nadie, Lizzy Hayes. La madre había muerto, el padre alquilaba los cuartos de la casa a esos comerciantes de la India que vendían sedas. Y a Lizzy el padre la entregaba por una libra o un dólar a la semana. La mandaba a la cama de cualquiera que estuviese listo a pagar el precio. El padre abusaba de ella, la intimidaba, la amenazaba y la golpeaba con una correa que ponía negro y azul su cuerpecito esmirriado. A pesar de todo eso, cuando Dios la movía, en toda oportunidad, iba a las reuniones. Recuerdo que una vez tuvimos que esconderla. Un hombre de esos la embarazó y fue a reclamarla. Pero ella no quiso irse y nos tocó ocultarla. El hombre vino durante varias semanas antes de renunciar a ella y dejarla en paz.

Lizzy continuó y luego comenzó a suceder una cosa admirable. Aunque esta jovencita era nadie, a pesar de ser un pedacito extenuado de persona, que aún no había cumplido veinte años, el Señor la usaba en una forma tan maravillosa que parecía como si ella no lo pudiera soportar.

Sin embargo, llegó el tiempo en que Lizzy empezó a creer que ella era el alma de la asamblea. En lugar de considerar que el Espíritu Santo era el único y supremo director de las reuniones, vio cómo Él la usaba y lentamente esa idea principió arrastrarse sobre ella: “Bueno, esta sesión no se inicia sino hasta cuando yo llegue.” El Espíritu se le apartó pero eligió a una o dos personas más entre los reunidos y vino a mostrarse y a seguir el mismo sorprendente ministerio.

¡Dios nos visitó! Ella no lo pudo resistir y llegó al final. Lentamente, mas con toda seguridad, las cosas cambiaron. Antes de su muerte, en diciembre de 2002, la visité varias veces en una casa para ancianos. Tendría alrededor de setenta años. Cuando le hablaba acerca de esa época, tan sólo decía “¿Hice eso? ¿Fui yo? ¿LO HICE?” Parece que Dios le hubiera borrado de la memoria todo rastro de esa visitación. Sí, todo vestigio. Entró en los círculos cristianos normales y se unió a una misión en alguna otra parte. Se movía de aquí para allá, pero Dios salvaguardó su gloria y le borró de la memoria hasta la más leve huella. Entonces vino a ser una viejecita tan sorda como una tapia que había que gritarle para que medio entendiera lo que se le hablaba. Y no tenía recuerdos del pasado. ¡Ninguno!

Capítulo 8

Orgullo. ¡El enemigo de la gloria de Dios!

Sigamos con este tema de ser ordinario que, en realidad, significa estar en la verdad. Porque la verdad es esta, *soy ordinario*. Soy, justo en el sentido aceptado y común, normal. Todavía no he llegado, pero ya me fui.

¿Me permiten ofrecer una alternativa para explicar porqué tenemos tan poco cuando Dios nos ha prometido mucho? Muy bien, soy cristiano desde hace más de 70 años. He hecho todo lo que se conoce y se ha establecido. Oré toda una noche. Ayuné de alimentos, espejo, nadar, y de muchas otras cosas. Pero todavía enfrente un punto, esta pregunta, ¿por qué tenemos tan poco? ¿Por qué la bolsa tiene agujeros? El Señor Jesús habla acerca de sufrimiento.

Sufrimiento. A medida que seguimos, ¿puedo decir esto? Porque no podemos sufrir lo que no tenemos. Este punto está envuelto en una frase que repito con frecuencia. “Si usted lo puede manejar, lo tiene; si no lo tiene, no lo puede manejar.” Esa es la verdad simple y elemental. ¿Quién le daría a un niño de diez años el privilegio y la responsabilidad de sentarse en el puesto del chofer y manejar el timón de un automóvil? El niño se podría matar o matar a otros.

¿Puedo ofrecer esto? La respuesta viene a lo largo de la línea de ser ordinario y tener la verdad de ser ordinario. Todos son ordinarios, ya sea que lo crean o no. Pero, ¿cuántos creen que son en realidad ordinarios y traicionan ese hecho al intentar y anhelar ser extraordinarios? Todos buscamos aumentar mucho más que el asunto de disminuir. Sin embargo, Juan el Bautista dijo así: “*Es necesario que él crezca, y que yo disminuya*” (Jn 3.30 RV-95). Esto lo vio Juan el Bautista.

Dios es celoso y justo en su celo. No dará el crédito o la gloria a otro (Is 42.8). Hay evidencias muy fuertes acerca del celo de Dios. De Él son todas las cosas. Todas las cosas son de Él (Rom 11.36). Todos buscamos dejar de ser ordinarios. ¡Pero usted es ordinario, lo crea o no! Ahora bien, esta condenable actitud que Dios aborrece, el orgullo, la gloria del hombre, busca combatir la gloria de Dios.

“Todavía no he llegado, pero ya me fui.”

El orgullo es enemigo de la gloria de Dios. ¡Es la rebeldía de la criatura contra el Creador! El orgullo encorseta la carne como aquellas mujeres que usan un corsé o una faja para aparentar lo que no son. El corsé empuja la carne hacia adentro, como en los días de la Reina Victoria cuando las damas lo empleaban.

Las señoras ricas ponían a su criada detrás para que les apretara las cintas al corsé. La sirvienta, con su rodilla en la espalda de la señora, ajustaba las cuerdas hasta darle a la dama una cintura como avispa. ¿Podría esto explicar la razón de los continuos desmayos de las damas victorianas? Es bien probable que sí. El corsé hacía entrar la carne; era un engaño. Las mujeres aparentaban ser más delgadas y frágiles. Hay una imitación que corresponde a esto dondequiera que el orgullo oculta la carne en el interior, para que parezca que no está allí.

Pero el orgullo es un monstruo de muchas cabezas. No es tan sólo como un corsé, es también como un globo. Si consigue su propósito, el orgullo inflará una cosa mucho más allá de lo que debería ser. ¿Qué pasa cuando el globo de un niño se infla al máximo? No cede y la boquilla del extremo no se puede atar para que se mantenga el aire. Éste, entonces, se escapa ¡shuuus! O si se puede amarrar, no basta sino la punta más delicada y... ¡buuum, explota!

Bueno, hemos visto desaparecer a muchos. El orgullo o mantiene la carne adentro o la sopla. Varía entre hincharse o aplastarse. Si no puedo ser el héroe, todo está bien, entonces seré el villano. Pero no debo ser ordinario. Cualquier cosa que suceda, no debo estar en esa posición donde nadie nota, donde nadie se da cuenta... pasan por mi vitrina de exposición y ni siquiera miran. Mi orgullo exige que usted se detenga y me compre algo.

Note los medios que por lo común son evidencias de las ínfulas o de la vanidad de los seres humanos. Quizá no siempre pero pueden ser criaderos para el orgullo. Aretes, pelucas, anillos, tupés, cadenas, pendientes, pulseras, esclavas, sostenes, brazaletes. No todas estas cosas o todo el tiempo, pero muchas, y más, son la evidencia exterior de una condición interna que explica y soporta el deseo de ser notados. Se magnifican a sí mismos en el modo de andar, en la forma en que hablan o cómo visten. Todos estos elementos pueden ser pruebas de una cosa, orgullo.

“Quiero que sepa que no soy ordinario.” Me gusta dar a conocer mi propia dignidad con mis grados: MA, BA, DD, XYZ; todo lo que usted desee. Quiero que conozca usted mi título “Yo’ soy Pastor.” “Yo’ soy Profeta.” “Yo’ soy Evangelista.” “Yo’ soy Apóstol.” ¡Soberbia!

¿Puedo mantener lo que he recibido del Señor para la gloria de Dios o lo empleo para demostrar que “yo NO soy ordinario”? ¿Llevo mi uniforme de policía o mi traje de negocios para la gloria del Señor o los uso para deslumbrarlo a usted, o para mi vanagloria, para graznar o como un pavo real para desplegar mis plumas en abanico? Sólo Dios sabe. El motivo es algo invisible que gobierna el porqué, que a su vez gobierna el qué de lo que hago. ¿Hago lo que hago para la gloria del Padre celestial o para mi propia gloria? ¿Reconozco acaso que mi Dios es extraordinario, pero que soy ordinario?

Los discípulos discutían a espaldas de Jesús acerca de quién sería el mayor. El Señor tomó forma de siervo, y se humilló (Flp 2.8). El hombre natural hace precisamente todo lo contrario.

Detrás de lo que hago siempre está el motivo de porqué lo hago. Es lo mismo que el motor de su automóvil. Es la fuerza conductora. Es el impulso vigoroso que le hace a usted ir hacia delante, que llena su vitrina de exhibición, que gobierna no cuanto usted, dice sino porqué lo dice. Ese es el motivo.

Usted cuenta una historia. Contaré yo una mucho mejor. Usted estuvo aquí, estuvo allí, pero yo he estado aquí y he estado allí también. Y siempre en cada uno de nosotros encontramos el deseo de la excelencia, el deseo de sobrepasar a todos los demás.

Capítulo 9

Venir a ser como niñitos...en la simpleza, en la humildad, la sencillez, la transparencia.

Ahora bien, todo esto es muy sutil en nosotros; a menudo da reversa y nos enorgullecemos de nuestra humildad. Somos demasiado sabidos y avispados como para ser tan ingenuos como un niño que obviamente se jactará en forma natural.

Observen la naturalidad de los chicos:

--“¡Soy más grande que tú!”

--“Sí, pero yo tengo más fuerza y soy más hábil. ¡Mira lo que puedo hacer! Te aseguro que no puedes hacer lo que hago.”

--“No me importa. Y no te dejo jugar. No soy más tu amigo. Ahora me llevo el balón para mi casa, ¡y entonces, qué!”

Los respalda el muro de la fantasía, también la exageración y, ¿por qué no decirlo? hasta la mentira.

--“Bueno, mi papá es policía y puede encerrar en la cárcel a tu papá, ¡y entonces, qué!”

--“¡Ya no soy más tu amigo!”

Ahora viene la carta de triunfo:

--“Estás sucio. ¡Apesta!”

La naturalidad de los niños siempre se revela en la sencillez absoluta, en la verdad, sin fingimientos y sin pretensiones de ninguna clase.

Llega a la casa un visitante de gran importancia. La niña lo mira y para vergüenza de papá y mamá:

--“Estamos con piojos. ¿Usted tiene piojos?”

El importante personaje de visita la mira ofendido y disgustado. Hace lo posible por disimular su desagrado. Y la niña sigue:

--“Hoy no tenemos escuela. La enfermera nos mandó a la casa y no tuvimos clases. La enfermera buscó liendres en nuestro pelo. Es chistoso. No nos dieron lecciones ni tareas. ¿No es eso muy bueno? Y usted, ¿tiene piojos? ¡Oh no, claro que no! No tiene piojos, porque no tiene ni un solo pelo en toda la cabeza.”

Como es apenas natural, ¡hubo muchísima vergüenza en los desventurados padres de esa pequeña!

El casero viene por el alquiler. La mamá le ordena a Juanito:

--“Dile que salí.” Juanito va a la puerta:

--“Mi mamá dice que salió.”

Esto retrata la sencillez, la falta de malicia, la ingenuidad de los pequeños. Por tanto, no es de extrañar que el Señor Jesús en Mt 18.3-4, haya dicho unas palabras que en verdad son una orden. Nos conviene ser como niños y alcanzar la simpleza.

El predicador con toda energía da su mensaje desde un púlpito que se le ha incorporado a la plataforma. Una pequeñuela se prende al cuello del padre en tanto que el orador acciona sus brazos, grita y ruge. La niña pregunta:

--“Papá, ¿ese hombre nos hará daño si lo dejan salir de ahí?”

Sonreímos ante la sencillez de los niños.

--“Papá, ¿qué te pasó en la cabeza? ¡Por qué no tienes ni un pelo?”

--“Bueno, tú sabes. El cerebro de papá hace mucho trabajo y echa fuera el pelo.

Como papá es tan inteligente, ha perdido todo el pelo.”

--“¡Oh!” Viene un poco de silencio; y después de pensar:

--“¿Papá?”

--“Sí; dime.”

--“Y entonces, ¿por qué mamá tiene tanto pelo?”

Educamos nuestros niños. Los estimulamos para que sean extraordinarios. Y terminan por creer que somos hipócritas, que somos orgullosos, busca-placeres, y, sin embargo, les ordenamos que no digan mentiras.

Mirar las cosas a través de la ventana de la mente infantil, convertirse en niños no significa de necesidad quedarse pequeños sin crecer nunca, sino venir a serlo en lo sencillo, lo humilde, lo simple, lo común, lo transparente, sin astucias o malicias ni artimañas. ¡Jesús es puro y diáfano por completo! Es la Verdad (Jn 14.6). Felipe le dijo: “...Señor, muéstranos el Padre...” (Jn 14.8 RV). Y le respondió: “...hace tanto tiempo que estoy con ustedes, ¿y todavía no me conoces? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre...” (Jn 14.9 VP). En otras palabras, si ustedes me han visto, no me han visto a mí, han visto al Padre.

Tomen un vaso de vidrio limpio o una ventana. Si en el vidrio no hay suciedad, ni vapor, ni grasa, es como si no estuviera allí. Cuando usted mira, no ve el cristal, mira a través de él. Si usted mira el vidrio es porque allí hay algo. Pero si no tiene nada, entonces usted ve por esa transparencia. Ve los árboles, las flores, y podrá observar todo lo que hay más allá.

Cuando somos simples, vivimos en la verdad. La verdad es translúcida, cristalina y de la misma manera es la ventana de la mente de un niño. No miramos el vidrio; vemos a través del vidrio. Considere las acciones de un chiquillo que está en su corral. ¿Qué hace? Ve algo entre las piernas, comienza a manosearse y le dicen: “Eso es malo; no debes hacerlo.” Muy bien, entonces mira alrededor y ve un pedazo suelto de papel; sus manos juegan con él, le hace un poco de fuerza y se desprende un trozo del empapelado de la pared. Otra vez le dicen: “Eso es malo, no debes hacerlo.” Algunos días más tarde, papá y mamá, van al dormitorio, armados con cepillos, raspadores, baldes y no arrancan un pedazo. ¡Quitan todo por completo! De alguna forma el pequeño debe aprender en su sencillez la distinción entre necedad o torpeza e inocencia.

Nótese que los niños son dulces hasta cuando saben que lo son. Entonces, ya no vuelven a serlo. Todo lo hacían en inocencia, ahora saben impresionar y esto se alimenta dentro de ellos; el árbol de la ciencia del bien y del mal. Dios dice si lo comes, mueres (Gén 3.3). ¿Cuán buena es la ciencia del bien cuando Dios la prohibió?

Capítulo 10

¡No lo que hago, sino porqué lo hago!

La Biblia con toda claridad nos dice: “...*que nadie os engañe por medio de filosofías...*” (Col 2.8 RV).

Cuidado con los engaños y las trampas filosóficas. En este punto se puede agregar: Dios no necesita la sabiduría de los hombres y lo puede hacer sin la ignorancia. Pero no se le debe dar premio a la ignorancia. Existe una línea muy tenue de separación donde se encuentra que el agua de la bañera está sucia y es posible echar al bebé cuando se bota el agua. ¡Pero nada hay con el niño! ¡Tampoco nada pasa con la tina! Únicamente el agua estaba sucia.

Es tan fácil ir de un extremo al otro y el orgullo es tan sutil. Si no se puede gloriarse en ser extraordinario, entonces vestirá las ropas de la ordinariéz y se gloriará en ser ordinario. Para todo hay un punto de equilibrio.

Tacones de aguja, hombreras, sostenes, gafas... ¿Por qué uso gafas? Para ver mejor o ¿para parecer inteligente? ¿Por qué uso barba o por qué no la uso? El bigote, el lápiz labial... hay un psicología muy sutil acerca de estas cosas. ¡No lo que hago sino por qué lo hago!

Hitler era de corta estatura. Casi siempre se le veía de uniforme. A fin de impresionar, ordenó que le hicieran una sala de reuniones con un corredor ascendente muy largo para ir al salón que quedaba bien en lo alto. En el momento en que cualquiera llegaba al punto donde estaba Hitler, éste podía mirar desde arriba a todos. Se les había lavado el cerebro psicológicamente y en forma natural estaban enseñados a aceptar y rendirse al líder.

Cuando era muchacho hice bastante boxeo y me quebraron un diente. En uno de esos encuentros me resbalé y otro de mis dientes quedó incrustado en la pierna de Eddie Rowan. Fue necesario extraerlo de esa pierna, pero no lo pude recuperar. Luego me caí de un árbol y al levantarme quedé con la nariz aplastada y se me quebró un diente más. Así estoy con tres dientes rotos. Pensé, “Bueno, tengo una fealdad horrible.” Por esto desarrollé el hábito de no reír. Y no lo hago, incluso en el día de hoy. Nunca me río; eso puede ser un capricho y es mi conducta. Puedo sonreír, pero jamás me río.

Regreso a los días iniciales cuando me ponía de pie delante del espejo y mantenía mi labio hacia abajo al hablar o predicar. No tuve “puentes dentales” sino hasta cuando cumplí 19 años. Así, pues, vigilaba que el labio superior me cubriera los dientes en tanto que predicaba, “¡Dios los ama hermanos!” No me molesté en saber si Dios los amaba, me preocupaba acerca de mis dientes rotos y procuraba aparentar algo que sentía que yo no era. Siempre procuré ofrecer el lado izquierdo del rostro a la gente y esconder mis tres dientes rotos del lado derecho.

Nunca fui tras las muchachas. No porque no me gustaran, pues me gustaban y mucho, sino por considerar y sentir que yo era un monstruo de fealdad. ¿Qué jovencita me podría querer? De este modo, mi orgullo herido se escondió hasta cuando pude tener mis “puentes.”

Cuando pastoreaba en Paddock Wood hicimos un arreglo con el Hermano Archie Friday, en la congregación que había allí. Durante veinte años serví de pastor junto con él. Nos turnábamos para predicar en las reuniones de los miércoles por la noche. Un miércoles llevé un bus con niños de nuestra iglesia hasta Folkston para darles un día de vacaciones en la playa. Mientras estaba en el mar, vino una ola muy grande que me golpeó y me sacó los “puentes.” Sostuve el aliento y me sumergí varias veces para buscarlos, pero no los pude encontrar. Cuando salí y regresamos a nuestra sede, tanto

los chicos como los grandes se reían y se burlaban de mi apariencia: “Ja, ja, se quedó sin dientes.”

Ese miércoles era mi turno para predicar en la reunión de la noche y le dije a Archie: “Por favor, cambiemos hoy y encárgate del mensaje en mi lugar, pues perdí mis ‘puentes.’ Quizá en dos o tres días me los hagan de nuevo.” Archie me respondió: “Siempre predicas sobre el orgullo. ¡Sigue con el tema y demuéstalo! Todo lo eres con tus dientes.”

Así, pues, esa noche tuve el gran privilegio de predicar contra mi ego y sin nada de mis “puentes.”

Bendito sea Dios, esa noche me fue bastante bien. Y le convino a mi soberbia. Pero mi orgullo no creyó que eso fuera bueno. Mi orgullo no debería haber estado allí. Entonces, ¡cuidado con las filosofías. No recomendamos a las personas que se sienten en la taza con la puerta abierta. ¡No, no; claro está que no! Cuidado con los engaños y con las trampas filosóficas.

Capítulo 11

¡Mockus en la puerta! El ministerio del cuerpo.

Pienso en las cosas que demuestran cuán ordinario soy. Hasta donde sé, el resto de lo mío es real, con excepción de lo que dijo un amigo: “¿Cómo puedes predicar la verdad a través de dientes falsos?” Ahora, cuando voy a cumplir 93 años, si Dios lo permite, encuentro que se me olvidan muchas cosas. Por ejemplo, hace poco al salir de un automóvil, me zafé el cinturón de seguridad y resultó que no me lo había puesto. De pronto descubrí, cuando intenté levantarme, que los pantalones se me habían caído a los pies. “¡Ja, ja, ja!” Todos se reían, pues es lógico. Bueno eso enseña cómo soy de ordinario. Ni siquiera me había abrochado el cinturón de seguridad y, en cambio, me solté la correa de los pantalones.

Cuando era jovencito besé a una muchacha que se desmayó; entonces salí de huida porque pensé que se había muerto. Y si voy al prado en tiempo de invierno, y bajo de la loma, a menudo no caigo en la cuenta que hay una gota en la punta de mi nariz. En nuestra casa, para situaciones así, tenemos un arreglo. Lo llamamos, “Mockus en la puerta.” Como bien lo saben, ese es el apellido de un político importante.

Todo se originó en una dama muy rica cuya nariz goteaba con frecuencia. A fin de evitarse problemas instruyó a la empleada de su casa y le dijo: “María, si ves que tengo una gota en la nariz, y estoy en compañía de alguien, tan sólo me dices, ‘Señora, el señor Mockus está en la puerta,’ y de inmediato voy a recordar lo que significa y pondré remedio.” Cierta día, durante un almuerzo, la señora hablaba en la mesa con un visitante y apareció la gota. María le dijo “Señora, Mr. Mockus está en la puerta.” Pero no la oyó. “Mr. Mockus en la puerta.” Tampoco atendió. “SEÑORA, ¡Mr. MOCKUS ESTÁ EN LA SOPA!”

Bueno, introdujimos aquello en nuestro modo de vida aquí. Me sucede ser la parte culpable, y necesito que se me recuerde, “Mr. Mockus está en la puerta.”

Mis ojos no son lo suficientemente buenos. ¡Gracias a Dios que puedo ver! Pero a veces se me pasa una mancha de sopa y muchas veces me es indispensable el recordatorio: “Mr. Mockus está en la puerta.” Así, pues, esto se ha desarrollado en nuestras vidas. Diré: “¿Está Mr Mockus en la puerta?” Es una parte del ‘Ministerio del Cuerpo.’ Necesito de los demás. ¡Claro que sí! Los necesito en todo momento. ¡Y estoy más que agradecido!

¿Alguna vez se ha puesto a pensar que cuando alguien le ofrece una menta, quizá tiene mal aliento? Bueno, usted es ordinario. Considérelo. Esto nos lleva a una dimensión nueva, el Ministerio del Cuerpo. Y ¿qué se quiere decir con esas tres palabras? Bueno, se ha hecho énfasis en que usted es nadie. Pero, ¿es ese el fin del asunto? ¿Nadamos en lástima por nosotros mismos? O, como hizo el profeta en el Antiguo Testamento (1 R 19.4), ¿nos sentamos bajo un enebro eterno en reuniones de autocompasión? “Soy nadie.” O más bien ¿vemos la gloriosa posibilidad de lo que Dios hace con los que son nadie?

¿Y acaso no nos dice la Biblia (1 Cor) que debemos considerar nuestro llamamiento? Bueno, ¿lo hace usted? ¿Lo he hecho yo? “...lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios para avergonzar a lo fuerte” (1 Cor 1.27 RV). Los que son nadie. La Palabra de Dios dice: “*Hermanos, consideren su propio llamamiento...*” (1 Cor 1.26 NVI).

Todas las declaraciones negativas enfatizan que soy nadie. ¡Esto no me pone fuera, me pone dentro! Y me hace parte de ese Cuerpo que Dios ha propuesto usar para su gloria (1 Cor 10.31).

Cualesquiera problemas que haya con el ministerio de un-hombre, cesan de existir en la revelación del Cuerpo. La única Persona en el Cuerpo es nuestro Señor Jesucristo, porque es la Cabeza del Cuerpo. La gloria está segura con Él. Pero ahora Dios delegó, distribuyó y extendió ministerios por todas partes y en conexión con eso busca defender y amparar su gloria. Recordemos que “...puso...una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida” (Gén 3.24 RV).

Dios ha protegido su gloria, por cuanto es protector y celoso de su gloria en grado superlativo. No se la dará a otro (Is 48.11) y la protege. En el Antiguo Testamento la palabra para gloria es *cabod*, término que se relaciona o tiene que ver con peso. Aparece en el nombre propio Icabod (1 S 4.21) donde indica que la gloria dejó de ser, pues como ya no hay gloria, se apartó. Pero no nos interesan las partidas. En cambio, nos preocupa cómo invitarla para que se quede. Y sólo vendrá, condicionalmente, en relación con el crédito que demos al nombre de Dios.

¿Puede un hombre llevar una tonelada (1000 kg, 2000libras)? Pero sí pueden 20 hombres con una tonelada si se distribuye en pesos de cien libras cada uno. ¡Ese es el punto! Jesús declara: “*Tengo mucho más que decirles, pero en este momento sería demasiado [mucho peso] para ustedes*” (Jn 16.12 VP). Así se introduce el concepto de peso. El peso tiene que ver con el objetivo que a Dios se le dé la gloria.

En el cuerpo humano hay ojo, oído, pie, pulmón, riñón, codo, rodilla, tobillo—todo es parte del cuerpo. Aquí está la sabiduría de Dios. La gloria de Dios es semejante al reparto de los miembros en el cuerpo, por ejemplo, el ojo tiene el oficio de ver, el oído sirve para oír, el pie cumple la función de caminar. El pie no puede ver, el ojo no puede andar. Si se les enfrenta con el tema de la seguridad para la gloria de Dios, no pueden. Pero juntos sí, bajo la armonía y la disposición de la Cabeza.

Se debe recordar que la Iglesia nació en Pentecostés, cuando estaban todos juntos. Jesús oró para que podamos ser uno como Él y el Padre son uno (Jn 17.11). Los miembros se necesitan unos a otros para funcionar. ¿Cómo podría el ojo ver si el pie no lo lleva al propósito de Dios? ¿Cómo podría andar el pie a no ser que el ojo vea por donde debe hacerlo? En un cuerpo sano, cada miembro es ordinario y normal en su función.

Jamás podremos alterar las funciones de los miembros. No se puede andar sobre los oídos. No es posible hablar por el codo. Pero el codo tiene una impresionante función cuando la mano sostiene un vaso. Y con toda la inclinación de la cabeza, el modo más fácil es para que el codo funcione y suba la mano con el vaso hasta la boca. Pero, ¿quién quiere hablar con los codos o andar sobre ellos? La inutilidad del codo, enfatiza su labor. Cada parte sólo se capacita en línea según su función que se le facilita por medio de los otros ministerios en el cuerpo. La rodilla se dobla, el codo y el tobillo hacen lo mismo, etc.

La función de cada miembro trata primero con la gloria y el crédito que se le deben. Las labores de uno cualquiera de los miembros son inútiles, excepto cuando se hallan en el orden puesto por Dios. El orden tiene una importancia vital para el hombre ordinario. No puede ser extraordinario. Tiene su propósito de ser ordinario, de acuerdo con el orden fijado por el Señor. Esto quiere decir que la mano toma. La boca o la lengua hablarán, el ojo verá, el oído oír. Tal es el propósito.

¿Ve usted su llamamiento? ¡Recuerde que Dios lo eligió a usted! No tiene usted que ser algo que no es. ¡Simplemente debe tener la verdad de lo que usted es en realidad! Usted es *ordinario*.

Capítulo 12

¡Nada puedo hacer por mí mismo...

El propósito divino consiste en usar individuos ordinarios que reconocen que son ordinarios y no buscarán ser extraordinarios. El hombre fracasa cuando pretende ser lo que no es. Sólo puede ser efectivo en su función. Y descubrirá su función por la unción de su función. En otras palabras, la voluntad de Dios obra. Pero la voluntad de Dios quiere decir obrar perfectamente con hombres ordinarios que se dan cuenta que son ordinarios y, como tales, no se saldrán del orden.

Todos nuestros problemas surgen y vienen cuando nos exaltamos. Salimos de nuestra función y pretendemos ser lo que jamás podríamos ser, por cuanto Dios nunca quiso que tuviésemos cualquier función fuera de todo aquello que nos da. *¡Selah!*

Una Cabeza es la Cabeza. La Cabeza del Cuerpo es nuestro Señor Jesús. Y, para enorme sorpresa de todos nosotros, declara: “*No puedo yo hacer nada por mí mismo...*” (Jn 5.30 RV). Y estoy obligado, por las circunstancias de la vida a creer esto. Pero, como no lo creo, entonces, tengo que probarlo.

Llego a la quiebra, inútil, incapaz, como un automóvil al que se le agota la batería. (Ya sé que esto aparece en el Capítulo 2, pero el Señor me ha liberado del temor de las repeticiones. Esto es importante—vuelvan a leerlo otra vez). Traté de empujar, traté de halar, casi me rompo, pero no puedo arrancarlo. ¡Ah! Aquí llega alguien porque le hice señas para que se detuviera.

--“¿Podría usted ayudarme por favor?”

--“Claro que puedo.”

Y esta persona pone los cables de encendido en mi batería muerta, positivo a positivo, y negativo a negativo. El Hijo de Dios se convierte en el Hijo del Hombre.

Lo negativo es vital. ¡Ese es todo el propósito! Me es indispensable ser positivo acerca del hecho que soy negativo. Ahora bien, así es la revelación de Dios. Dios es positivo para lo negativo. ¿Ve usted su llamamiento? ¡Dios lo eligió a usted! Y no tiene que ser algo que usted no es. ¡Simplemente debe tener la verdad de lo que usted verdaderamente es! Usted es ordinario. Muy ordinario. Cuando dejo de procurar ser algo que no soy, entonces Dios viene a mi vida. Ahora bien, el poder palpita a través de mi pobre batería agotada. ¡Ahora mi vida fluye con poder!

¿Cómo? Miro a esta Persona que desconecta los cables y los retira. Entonces le digo:

--“¡Gracias! Oh, cuánto le agradezco. ¡Señor, muchas gracias! ¿Cómo es su nombre?”

Me responde:

--“¿Mi nombre? Me llamo Jesús Empujón.”

--“¿Jesús Empujón?”

--“Sí. Jesús Empujón”

--“¡Oh, qué maravilla! Bueno, muchísimas gracias. Le agradezco por haberme dado ese empujoncito.”

Y me dice:

--“Pero, ¿no lo entiende? O ¿sí comprende?”

--“Bueno, dígame.”

Y entonces, con toda paciencia me explica:

--“Mis cables no se encienden en mí. Tal como lo conecté a usted a mis cables, en el otro extremo mis cables estaban conectados a mi Padre. Acaso, ¿no lo ve? Cuando usted se hace positivo con lo negativo, entonces va a encontrar que fluirá el poder. Tome mis

cables de encendido, tome mi yugo y aprenda de mí (Mt 11.29). ¿Ahora lo ve? Soy como usted, una batería descargada. ¡Por mí mismo nada puedo hacer! El Padre que está en mí hace las obras (Jn 5.30). Pero sólo hace esas obras porque estoy conectado a mi Padre. Por mí mismo soy por completo incapaz e inútil y, sin embargo, estoy perfectamente lleno al estar enchufado o unido a mi Padre. Él hace las obras en mí. ¡Ahora entienda esto! ¡Venga acá! Déjeme contarle: ‘Todo lo que siempre he hecho, yo nunca lo hice’ (Jn 5.30). ¡Todo lo que hice, no lo hice yo! No hice lo que he hecho. ¿Entiende esto? Soy una batería sin carga, conectada a un Padre poderoso por cables de encendido. ¿Ahora lo ve? Tan sólo cuando usted sea positivo con lo negativo, algo positivo saldrá siempre de usted. Pero usted miró al sitio incorrecto y no ha tenido la verdad. ¡Está quebrado, en bancarrota total! Es un completo fracaso. ¡Nada puede hacer!”

“¿Por qué cree que usted es mejor que yo, el Hijo de Dios? Si nada puedo hacer por mí mismo (Jn 5.30), ¿quién es usted para pensar que podría hacer algo? Esta es la raíz de la causa de todos los fracasos. ¡Gústelo o no, usted supone que es mejor que yo! ¡No lo es! ¡Le repito que no lo es! ¿Acaso no ve que en su interior hay latente un volcán que está listo para explotar en cualquier momento? ¿Y cómo explota? En sus juicios de los demás—de repente explota cuando conoce a otras personas.”

Ahora bien, lo siguiente es el miembro impropio (1 Cor 12.23) en el Cuerpo. Sin embargo, ¿hay tal cosa? Sé que la Escritura la declara. Pero quizá Dios mira a través de la ventana de mi actitud hacia otra persona. ¿Al llamar a alguien indecoroso o impropio, no he visto que revelo lo que creo acerca de mí mismo? Declaro que su guía no es recto y pongo mi guía deforme contra el guía suyo. De todo esto, ¿qué se revela? ¡Que mi guía no es recto!

Cuando el apóstol Pablo escribe a la iglesia de Roma declara: “...*en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo...*” (Rom 2.1 RV). Las cosas que me irritan y me fastidian son precisamente aquellas de las que soy culpable. Tú que juzgas, haces...o lo creeré o tendré que comprobarlo.

Así, pues, ahora juzgo. En el Cuerpo hay miembros impropios. Algunos miembros en el Cuerpo son tan impropios en nuestra estimación que ni siquiera nos gusta hablar de ellos. Pero, ¿cómo entró usted al mundo?

¿Creció entre grosellas silvestres? ¿O sus padres tuvieron que llamarle repetidamente la atención? Bueno, usted sabe la respuesta. Somos personas ordinarias, muy ordinarias y debemos ajustarnos a los patrones de Dios en lugar de seguir nuestros patrones. En el Cuerpo no hay miembros impropios, excepto uno y ese soy yo. Soy ordinario.

Pero cuando abrazo esta verdad, veo que Dios pone honor más abundante al miembro impropio. Aquí es donde la gloria de Dios está segura. Tenemos este tesoro en vasos de tierra. Dios lo deposita en algunos que son totalmente faltos de atractivo. Son como la cajita negra que contiene la perla en el mostrador de exhibición. Nadie la considera hermosa o atrayente. Ni tampoco atrae la atención de alguien. Es un respaldo para la gloria de la perla. Nadie nota la caja; los ojos de todos se fijan sobre la perla. Sólo hay Uno que es maravilloso y su nombre es Jesús.

Nadie es capaz de ver la ventana limpia; pero en cambio todos observan la vista magnífica a través de la ventana.

Qué maravilla cuando la gente no me vea, sino que mire a través de mí y pueda ver a Dios. ¡Mirar a través de usted y ver en conjunto al amoroso Único!

Qué triunfo tendrá la gracia en el momento en que los demás no vean la vasija terrena, sino a la gloria que contiene por completo al Amado Único. Este es el propósito y el plan de Dios.

Sólo hay
Uno que es maravilloso.
Su nombre es Jesús.

Capítulo 13

El objetivo de Dios

El Cuerpo es también templado (temperado). “¡Huh! Perdió la paciencia. Se encolerizó.” Y miramos el temperamento como si fuese algo que se pueda tomar entre las manos, algo que se pueda sostener, que se pueda abrir o perder. Al acero se le templea en la medida en que cede. Debemos reconocer que los miembros del Cuerpo deben ser templados, deben tener la capacidad de ceder y no deben adquirir ni acariciar ningún deseo de operar fuera de sus funciones.

No hay celos en las teclas de un buen piano. Cuando el músico toca una de ellas, entonces baja y cuando levanta el dedo, la tecla se eleva; no hay celos o envidias entre las teclas negras o las blancas de un buen piano. Están completamente inanimadas, pero son incapaces de producir sonido y lo dan sólo hasta cuando el pianista las toca. Este es un cuadro del Cuerpo—no hay ningún deseo de estar dentro y ningún dolor si se me deja afuera. Esta es la vida normal ordinaria de todo cristiano, o por lo menos, así debería serlo.

¿Cuál es la diferencia entre un encuentro de boxeo y uno de fútbol? En el boxeo un hombre noquea al otro y logra toda la gloria, todo el crédito. En un encuentro de fútbol, todo eso va para el trabajo de equipo.

El equipo tan sólo es efectivo cuando sus miembros se reconocen entre sí y trabajan en orden. No debe haber celos ni el deseo de exaltarse a sí mismo. Al jugador que conserva la pelota y con ella le hace el quite al defensa contrario y la mantiene en su poder, pronto se la quitarán y estará fuera.

Quizá el centro delantero esté en la mejor posición para anotar el gol. Pero a menos que alguien le pase el balón ¿cómo puede marcar el gol? Y cuando haya anotado, ¿cómo podría haberlo hecho a no ser que alguno le haya pasado la pelota? De esta manera alguien tiene que aprender a pasarla y mantenerse dulce y contento cuando el centro delantero marque el tanto respectivo.

Así es el trabajo en equipo. No debe haber ninguna búsqueda de fama, ninguna proyección del ego. Debe haber once personas ordinarias capaces de reconocer que su efectividad reside como equipo y no en cada miembro.

En un partido de fútbol, el gol es el objetivo. Finalmente no importa cuán bonito sea el equipo y cuán maravilloso espectáculo haga en el campo; lo definitivo es el gol. No el trabajo en conjunto, aunque pueda ser muy bonito o a pesar de que sea muy vistoso, pero ¿anotó goles? Esto es lo último, el gol. Y el resultado es cuántos goles se hayan marcado.

“¡Oh, el trabajo fue lindo! Usted debería haber visto cuán artístico...” Sin embargo, eso no interesa; a usted no se le ha puesto allí para montar un espectáculo. Usted está allí para marcar goles. Y así como pasa en el campo natural, lo mismo debe ser en el campo espiritual.

¿Cuál es el objetivo de Dios? Su gloria, la gloria de Dios. Y, ¿con qué se relaciona la gloria de Dios? Con que yo sea ordinario. ¡Con mi ordinariedad!

Ciertamente nos es indispensable ver que esto busca producir el divino Director Técnico. Nada de charlas, nada de palabras, nada de espectáculos; tan sólo goles bien marcados.

Y el gol decisivo, la meta final consiste en que el crédito, la gloria, sea para Dios. Nada más, pero tampoco nada menos, porque todo lo que sobra es simple desperdicio. “...tuyo es el reino, y el poder, y la gloria...” (Mt 6.13 RV). Esa es la meta definitiva y última de la vida.

Un muchachito era huérfano. Sus padres lo habían adoptado y llegó el tiempo de ir a la escuela. Los niños pueden ser muy crueles. Le cayeron para martirizarlo con palabras: “No tienes un papá verdadero. Tampoco tienes una mamá real. ¡Eras huérfano y te adoptaron!” Un día el pequeño se sentaba en los escalones de la entrada en tanto que lloraba mientras los otros niños con crueldad lo humillaban. Entonces se volvió y les dijo: “Muy bien. Soy adoptado. Mi papá y mi mamá fueron al orfanato y me escogieron entre otros cuatrocientos huérfanos. ¡En cambio, a sus padres les tocó recibir lo que les llegaba!”

Bueno, desde luego, hay algo que ver por la ventana de la mente de un niño. Pero, la revelación de Dios consiste en que Él no me eligió porque yo fuese extraordinario. En tanto que todavía éramos pecadores ordinarios Cristo murió por nosotros (Rom 5.8). Todos somos pecadores ordinarios. Y nada tengo de qué ufanarme. Pues en verdad soy muy ordinario. Él pasaba por ahí y me escogió. Soy tan sólo un pecador ordinario.

Roca de la eternidad fuiste abierta tú por mí.
Sé mi escondedero fiel, sólo encuentro paz en ti.
Rico y limpio manantial, en el cual lavado fui...

(Roca de la Eternidad. Augustus M Toplady, 1776)

En Himnos de Fe y Alabanza
Compilados por Robert C Savage
Singspiration Music. Zondervan Corp.
Grand Rapids MI. 12ª impresión, 1976

Capítulo 14

¿Cuántos en la Iglesia son curiosidades espirituales y no lo saben?

Los niños pequeñitos son dulces hasta cuando saben que son dulces. Entonces ya dejan de serlo. Este es un proceso que se nos aplica a todos. Dejamos de considerar que somos ordinarios y nos pasamos a creer que somos extraordinarios. Este pensamiento es el terreno donde se desarrolla el orgullo y crece sin que se descubra, como un tumor o un parásito. Se alimenta del éxito y desaparece la conciencia de ser ordinario. La simplicidad cede el paso a la ignorancia. La humildad se ha perdido por completo en la soberbia.

Vayamos de nuevo a la imagen del cuerpo humano. Obviamente si tengo un brazo de tres metros o si tengo cuarenta ojos, ya no soy ordinario. Sería un fenómeno, una curiosidad. Aplique esto al Cuerpo de Cristo. Si tengo un ministerio que se sale de mis funciones, un ministerio super-extendido, no se me considera como un fenómeno, se me ve como una maravilla. ¡Extraordinario! Pero, ¿acaso me he metido sin derecho en su ministerio?

Cuando estuve en Niagara Falls (Ontario, Canadá), pasé al Museo Guinness para ver lo extraordinario en la hora del almuerzo. Allí conocí una señora que decía ser la mujer más alta del mundo¹. He olvidado si tenía 7 pies (2.10 m) ó 7 pies 9 pulgadas (2.32 m). Excepto yo nadie más se encontraba allí, en el lugar donde ella vivía. Era un tiempo silencioso. A su lado vi un televisor.

Se abrió conmigo para comentar que su hermano menor que medía 6'10" (2.05 m) era quien iba a hacerle sus compras. Y me compartió la tragedia de su vida. No le era posible conducir un automóvil, no tenía esperanzas de casarse y tener una familia propia, y se había conformado ante el hecho de ser vista como un fenómeno. Me dijo cómo por muchos años su orgullo había sido herido.

“Entonces,” me dijo, “decidí que debía abrazar esa circunstancia. Fue la única manera para poder medio salir del dolor. Me sentía tan desdichada y tan miserable de ser sólo un objeto expuesto a la extrañeza del público. Los médicos me dicen que mi expectativa de vida no va más allá de los 30 años. Las rodillas me duelen tanto que escasamente puedo caminar. Me siento a coser, tejo o remiendo mi ropa, veo televisión. Tal es mi vida de hogar. Y este es el único medio en que puedo ganarme la vida. Se me trata como un objeto de asombro. Soy una curiosidad, un monstruo. En cierta medida debo reconocer que me he ajustado a esto.”

Le hablé y la encontré muy dispuesta a la conversación. Habló acerca del Señor, también habló acerca del Señor y compartimos.

Cuando salí me pregunté cuántos en el Cuerpo de Cristo, en la Iglesia, son como esta pobre mujer. Pobres monstruos, pero lo ignoran. Por lo menos ella lo supo. Son fenómenos espirituales y no lo saben.

No solamente no cumplen su propio destino o su propio ministerio, sino que invaden los cometidos y las funciones de otros. Son extraordinarios. O así lo creen cuando se ufanan acerca de “mi ministerio,” pero en verdad se metieron en el de los

¹ En el texto de “*The Guinness Book of Records 1993*” (edición inglesa de Bantam Books, New York), en la sección sobre *Seres Humanos*, página 143, en el párrafo sobre las *Mujeres Más Altas* dice que la mujer viva más alta es Sandy Allen, que nació el 18 de junio de 1955 en Chicago Illinois, con un peso de 6.5 lb. Su crecimiento anormal comenzó poco después de nacer. A los 10 años medía 6'3" y a los 16 años midió 7'1". El 14 de julio de 1977 se sometió a una operación de la pituitaria que detuvo su crecimiento cuando tenía 7'7^{1/4}" (2.31 m). Vive ahora en Niagara Falls, Ontario, Canadá. Su peso actual es 209.5 kg y usa calzado 52. (Los mismos datos aparecen en el texto castellano, p. 9, de la edición especial del *Libro de los Records Guinness* para Círculo de Lectores).

demás. Creo que cada miembro en el Cuerpo de Cristo tiene una función que, infortunadamente, casi todos la mantienen dormida. Con toda razón dice la Biblia: “*Ejercita el don que recibiste...*” (1 Tim 4.14 NVI).

¿Cuántos hay en la Iglesia que en forma por demás pasiva sólo se regocijan con los mensajes, mientras los dones que el Espíritu Santo les asignó están dormidos, latentes, descuidados, sin usarlos para la gloria de Dios?

Así, muchas reuniones son como conciertos espirituales. A cierto número de individuos se les encarga la tarea de entretener. Una docena de personas en la plataforma dominarán la reunión, mientras que los demás sólo son espectadores. No son participantes, que es el plan divino—llegar a tener, en la perfección del plan, “...*la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*” (Ef 4.13 RV-95).

La iglesia no parece ver esto y así todos se encuentran comprometidos en el gran-espectáculo-de-un-hombre. ¡O quizá usted llegue a participar en el gran espectáculo de 10-hombres! Todo se convierte en una clase de concierto espiritual, un “show” religioso.

He asistido a reuniones en Texas donde la comunidad aplaude una vez que quienes están en la plataforma han terminado su presentación. ¡Qué tristeza! Cómo fracasamos en ver que estas personas se hallan casi en el límite de convertirse en fenómenos espirituales. Son como el hombre con un brazo de tres metros o un hombre con cuarenta ojos. Todo lo que sea más de dos, es extremo y así vienen a ser extraordinarios.

Cualquier cosa más allá de la longitud aceptada de un brazo ordinario, les hace extraordinarios. Y verdaderamente son monstruos espirituales, eso es todo. Esto puede ofender, claro que sí. La verdad siempre lo hace. A cuántas reuniones podría usted ir donde pueda preguntarle a la gente “¿Ha venido aquí para ver el ‘show’ de los monstruos?” Todos quedarían horrorizados.

Pero, ¿acaso no es este el punto? Casi todos asisten a reuniones, en tanto que tienen ministerios descuidados y durmientes en su interior. Sólo van para observar. En su enorme pasividad, son espectadores, no son participantes. Examinen y prueben lo que digo. Recuerden que la Palabra de Dios ordena o exige: “*Ejercita el don que recibiste...*” (1 Tim 4.14 NVI).

Si usted no usa sus dones, con certeza los va a perder. Si quiere desarrollarlos, no descuide el ejercicio. ¿Cuántos se hallan en un limbo espiritual porque jamás han hecho ningún ejercicio? Ahora bien, hemos visto eso en lo físico. Pero, ¿lo hemos considerado en el aspecto espiritual? No descuide el don o quizá los dones que tiene usted en su interior. El Espíritu Santo le proporciona y divide a cada hombre de acuerdo con su propia voluntad (1 Cor 12.11). ¿No le ha llegado a usted? ¿Sólo me vino a mí? Acaso, ¿soy un ser superior? O ¿tiene usted un ministerio? Y, ¿se desarrollaría más su ministerio si me callo y no hablo más? ¡Oh amado!

Capítulo 15

¿Qué tan importante es el orden?

Levántese, hable y cálese. ¿Cuántos en el ministerio de tiempo completo nunca han aprendido a callar? Han perdido la sensibilidad sobre cuándo sentarse y permitir que el Espíritu Santo se mueva sobre los demás.

Vuelvan a leer Ef 4 de nuevo. Descubra, manifieste y revele su ministerio oculto. En un rompecabezas, cada pieza es esencial. Y no puedo completarlo, o por tanto, cumplir a cabalidad con mi ministerio, excepto cuando cada pieza encuentre su sitio preciso. Quizá no puedo llevar a cabo mi función sino hasta cuando empieza el segmento suyo. Entonces mi pedazo toma sentido y se nos hace perfectos en uno.

Aquí está la perfección. No en una pieza, sino ¿dónde va mi zig? Debe cuadrar con su zag, para que haya un zigzag completo. Y juntos somos hechos perfectos (Jn 17.23).

Así es la perfección. No se asuste ni le tenga miedo. Recuerde que somos perfectos en uno (Jn 17.23). Tengo necesidad de usted y usted me necesita. Somos individuos ordinarios que nos necesitamos unos a otros. La perfección de los santos viene con personas ordinarias.

Démosle de nuevo una mirada a este término “ordinario.” Dividámoslo. La palabra ‘orden’ario...ordinario. Suena casi lo mismo, ¿no es cierto? ‘Orden’ario. Ordinario. Pero usted leerá ordinario. ¿Qué tan importante es el orden? ¿Cuánto orden toma su importancia en ordinario?

Piense en esto. ¿Cuánta importancia se da al orden? Mire su teléfono, un poco de números, pero no tienen significado sino cuando están en orden. Sus llamadas no saldrán a menos que el número telefónico se marque en orden. La conexión de los cables de las bujías en su automóvil, 1-4-3-2 ó 1-3-2-4, no son lo mismo. Si se equivoca en el orden, la conexión carece de eficacia y el carro no se moverá.

Todos los miembros del cuerpo humano capacitan al organismo para estar con buena salud si hay orden en los miembros. Incluso el poderoso océano se somete al orden en función de la gravedad que ejerce la luna y así se puede pronosticar cuándo y cómo vendrá la marea alta. Un anciano lobo marino, de patillas saladas que usa un impermeable con capucha y tiene un suéter azul, escribe en el tablero del paseo, o en el libro de bitácora, “Pleamar, 10:42.”

Lo mismo pasa con las estaciones—primavera, verano, otoño, invierno. ¿Acaso es posible cosechar en invierno? ¿Cómo lo puede hacer en primavera? Usted debe inclinarse ante el orden.

¿De qué valor es un “no,” un cero, un nada? Bueno, usted diría que habla por sí mismo. Nada es nada. Pero un cero ordinario, en el orden correcto, bajo el factor gobierno es tremendo.

En efecto, lo ordinario se vuelve extraordinario cuando el orden lo gobierna y se sujeta a él. Así, pues, el signo pesos (o el signo del dólar), más uno, la unidad, o el cero antes del signo pesos, antes de la unidad, carece de significado y de valor. Está fuera de orden. Pero en el orden conveniente, después del factor gobernante, el signo pesos o el signo dólar, y luego la unidad, representa un valor y tiene precio fiel, exacto y justo. Entonces, en el orden apropiado, el cero o nada, añade valoración a la unidad cuando está en el orden correcto. Es \$10, y no 0\$1.

En la Biblia podemos leer: *“El ojo no puede decirle a la mano: No te necesito; ni la cabeza puede decirle a los pies: No los necesito”* (1 Cor 12.21 VP). En la sabiduría y economía de Dios, el Señor Jesús lo necesita a usted y me necesita a mí, los ordinarios los nadie, a fin de valorar y declarar la gloria de Dios. ¿No es eso maravilloso? *“...mi*

poder se perfecciona en la debilidad...” (2 Cor 12.9 RV). El poder del Señor se perfecciona por medio de mi ordinariedad, a través de mi impotencia, mediante mi agotamiento, que no atrae nada y que no se distrae de su valor.

La gloria es de Dios en la medida en que mi gloria esté ausente. ¿Cuántas personas que hacen parte de los coros cantan “Gloria a Dios” pero nunca se humillan?

Consideremos a Elías. En Stg 5.17 se declara que Elías fue ordinario. Era un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras. Elías no consultó al servicio de meteorología cuando delante del rey Acab, dijo, decretó, declaró, y con toda verdad demostró: “...*Tan ciertamente como que Jehová Dios de Israel vive, el Dios al cual adoro y sirvo, te digo que no habrá rocío ni lluvia durante varios años en Israel, hasta que yo lo diga*” (1 R 17.1 BAD). ¡Qué tremendo, cuán portentoso! El cero en su lugar correcto viene a ser tan poderoso como no podemos ni siquiera suponer o imaginar. Todo lo ordinario, gobernado, se vuelve extraordinario. El fuego descendió de los cielos (1 R 18.38). Y a pesar de todo, el hombre es tan ordinario que huye delante de una mujer (1 R 19.3). ¡Qué excepcional y sorprendente!

Ahora comienzo a ver cómo manejar está casado con tener. Tendré lo que pueda manejar. Pero si no lo puedo manejar, no lo tendré. ¿Quién se atreve a permitir que un niño de ocho años ocupe el sitio del conductor con las manos en el timón y el motor prendido? Ciertamente, esto significaría la muerte probable para el niño y quizá hasta para el peatón que pasara por ahí.

Sin embargo, muchos pequeños suplican al papá: “Déjame manejar, déjame conducir...” Toda la impertinencia en el mundo que podría estar disponible en otro tiempo y en otro sitio, aquí estaría completamente fuera de orden. Ningún atrevimiento jamás permitiría al niño fuera de orden, conducir ese automóvil.

Elías, después del momento aquel cuando huyó de la mujer que le había amenazado (1 R 19.2-3), se sentó bajo un enebro y tuvo una fiesta de auto-lástima. Era tan ordinario. “...*no soy mejor que mis padres*” (1 R 19.4 RV). Bueno, ¿quién dijo que lo era? ¿De dónde sacó la idea que el fuego que bajó de los cielos se relacionaba con él, en lugar de tener más relación con la gloria de Dios? Con certeza, en la luz del Espíritu Santo, un hombre ordinario se deslizó dentro del orgullo herido y rogó que pudiera morir. Sin embargo, la respuesta a este ruego estaba en Jezabel y en el voto que esta malvada reina hizo: “...*Que los dioses me castiguen sin piedad si mañana a esta hora no te he quitado la vida como tú se la quitaste a ellos* [los profetas paganos de Jezabel que sacrificó Elías]” (1 R 19.2 NVI).

Entonces, el varón de Dios se refugió en una cueva y allí le llegó la voz del Señor: “...*¿Qué haces ahí, Elías?*” (1 R 19.13 VP). ¡Qué cosa tan extraordinaria! El hombre que parecía tan poderoso cuando dio muerte a 450 profetas y que hizo bajar fuego del cielo, se empantanó de alguna manera en la situación. Y, como muchos otros, no sabía cómo obran la soberanía de Dios y la responsabilidad humana. ¿Qué hará Dios porque yo no puedo? Y ¿qué no hará Dios, porque lo debo hacer yo?

¡Si no tengo bien definida mi ordinariedad, si no sé cuán ordinario soy, toco la gloria de Dios y entonces Él me toca! En su celo, no dará la gloria, el crédito, a otro. El poder divino solamente está salvo y seguro con y en lo ordinario.

Pero el ordinario debe reconocer cuán ordinario es. Todos somos ordinarios, todos somos vasijas de barro. Pero, ¿cuántos reconocen que el tesoro que se halla en el interior no es mío ni de nosotros? Este es el gran peligro. Este es el punto en que dejo de ser mayordomo, en que suspendo mis funciones de administrador. “...*tuyo es el reino, y el poder, y la gloria...*” (Mt 6.13 RV). El tesoro no es, no es, nuestro. Todos somos ordinarios. Pero, ¿lo creo?

En Hch 14, los apóstoles llegaron a una ciudad y el pueblo dijo: “Los dioses han bajado a nosotros en forma humana.” Y les pusieron coronas de flores, pero los apóstoles rasgaron sus vestiduras, intentaron huir y clamaron: “¡No hagan eso! Somos personas comunes, somos ordinarios como ustedes; somos hombres lo mismo que ustedes. No somos dioses. Lo que hemos hecho, se hizo por medio del poder de Otro, por el poder del Nombre. Somos ordinarios que obran con el Dios extraordinario. ¡Tuya es la gloria!”

En los días de Noé, a Dios le dolió haber hecho la tierra (Gén 6.4-5). Los hombres se hicieron poderosos y se habían vuelto de fama y renombre (Gén 6.4). Y ya no se vieron más como hombres ordinarios. ¿Qué hizo Dios?

Dios vio el orgullo y destruyó al mundo con el diluvio universal. Y en una fecha posterior, algunos años después, derribó la torre de Babel y confundió a los hombres con una serie de lenguas e idiomas tan distintos que no pudieron volver a entenderse unos a otros (Gén 11.1-9).

¿Ve usted el celo de Dios contra todos aquellos que se exaltan a sí mismos, contra todos los que no cumplen la orden de ser ordinarios?

La soberanía de Dios y la responsabilidad humana...

¿Qué hará Dios porque yo no puedo?

Y ¿qué no hará Dios porque lo debo hacer yo?

Capítulo 16

El regreso a mi primogenitura consiste en humillarme ante la verdad. Soy ordinario.

En Ezequiel 36 el Señor declara a los hijos de Israel: “En el día en que les dé mi Espíritu nuevo, ustedes se avergonzarán. Lo que voy a hacer no es por causa de ustedes, israelitas, pues recuerden que fueron esclavos, sino por mi santo nombre. Y cuando se acuerden de su mala conducta y de sus malas acciones, sentirán vergüenza de ustedes mismos ante sus propios ojos.”

Ahora bien, no se nos ha llamado a gemir ni mucho menos a andar en lloriqueos en todo momento. Sin embargo, en ese instante, cuando el Señor ponga su Espíritu Santo dentro de nosotros, entonces debemos recordar. Recordar; sí, recordar... pues es la hora para que nos debamos avergonzar.

Tengamos también presente que esa fue la declaración del Antiguo Testamento, pues Dios dio estas ideas: “En la hora en que los bendiga, consideren que ante su propia vista deben recordar que salieron de Egipto, como esclavos que eran allí. Delante de sus mismos ojos, véanse como lo que son, personas muy ordinarias y comunes.”

En el Nuevo Testamento, eso cambia. La revelación es distinta. No es para que se avergüencen, sino para que se pierdan y desaparezcan. Entonces dejo de ser una entidad. Paso a ser nadie. Cesó de ser un blanco para la ira de Dios, por cuanto Él no dará la gloria, ni tampoco el crédito a ningún otro.

Ahora la revelación es el Cuerpo, es decir, la Iglesia. En la Iglesia hay un Único solamente. Y nuestro Señor Jesús es la Cabeza del Cuerpo. En esta revelación perdemos nuestra identidad. Estoy dentro.

A pesar de todo, me es indispensable saber cuál es mi función una vez que estoy dentro. ¿Soy una vértebra, una rodilla, un tobillo, un hígado, un pie, un ojo, un oído? Necesito conocer mi función. Tanto para mí, como para el resto del Cuerpo, es imperativo que la reconozca. Habrá unción en mi función.

Pero no habrá jamás conciencia de mí. La autoconciencia va a la manifestación de Dios. La conciencia de Dios es tan abrumadora como cuando el sol que se levanta en el oriente elimina la gloria de las estrellas nocturnas. ¿Cuántas estrellas se pueden ver mientras el sol brilla en todo su esplendor? Ninguna.

Muy bien; ustedes pueden contradecir todas mis palabras y recordarme las del profeta: “... ¡Ay de mí, voy a morir! He visto con mis ojos al Rey, al Señor Todopoderoso; yo, que soy un hombre labios impuros y vivo en medio de un pueblo de labios impuros” (Is 6.5 VP). Tal fue la única conciencia que tuvo de sí mismo. No fue una recomendación, sino un reconocimiento de cuán ordinario era. ¡Que cosa tan extraordinaria!

Cuando el hijo pródigo regresaba al hogar las palabras más importantes que puso sobre sus labios fueron: “...Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno...” (Lc 15.21 RV). Nunca fue digno y menos en ese instante.

La dignidad se relaciona con el nacimiento. Aunque esa dignidad se pudiese medir en un chiquero de cerdos, era todavía hijo. Era un hijo pródigo; sí, es cierto, y en ese punto, en las profundidades de la desesperación, se pudo dar cuenta cómo era de ordinario. “Ya no soy más digno.” Y así lo declaró en alta voz. Mas también había tomado con suma firmeza una decisión bien estructurada: “Me levantaré e iré a mi padre, y le diré...” (Lc 15.18).

Cuando usted tiene conciencia de su ordinariedad, sin duda alguna se ve obligado a esperar. Si no tiene carro, espera el bus, espera el tren, o espera que un amigo le dé un

aventón. Los individuos importantes aborrecen tener que esperar. También aborrecen que se les mantenga en espera. Usted debe esperarlos. *“Pero los que esperan en el Señor, renovarán sus fuerzas...”* (Is 40.31 BDLA). En cambio, siempre la gente ordinaria debe esperar.

Sólo los vehículos importantes, de emergencia, como el carro de bomberos, las ambulancias o la policía no tienen que esperar las luces del tráfico. ¿Acaso corro ante Dios? Porque soy ordinario debo aguardar el avión. A la hora fijada...Espero...Cálmese (véanse Gén 21.2; Is 40.31; Sal 46.10). Dios me reprende una y otra vez cuando dice: *“Si no me consultas, me insultas.”*

El regreso a mi primogenitura es humillarme ante la verdad que soy ordinario. El hombre normal de Dios, nuestro Señor Jesucristo declaró esta verdad: *“No puedo yo hacer nada por mí mismo...”* (Jn 5.30 RV). Qué ordinario. Cuán inútil. ¡Qué incapaz! Es el hombre más negativo que jamás existió, ¡pero ahora se convierte en el hombre más positivo que jamás haya habido!

Después de declarar que no puede hacer nada, entonces hace todo. Calma la tormenta. Resucita los muertos. Sana los enfermos. Convierte el agua en vino. Cuando alimenta la multitud con casi nada, cinco panes y dos peces, hay mucho más cuando termina que cuando comenzó.

¿Qué significa Él? *“Nada puedo hacer.”* Pero eso mismo lo califica, *“No puedo yo hacer nada por mí mismo...”* (Jn 5.30 RV). Luego, con toda calma declara: *“...El Padre que vive en mí, es el que hace sus propias obras”* (Jn 14.10 VP). ¿Creo esto? ¿Cree usted esto? Todo cuanto Jesús hizo, Jesús nunca lo hizo. La gloria es de Dios.

“La dignidad se relaciona con el nacimiento.”

“Si no me consultas, me insultas.”

Capítulo 17

¿Qué me costará comprar la verdad?

El plan perfecto consiste en hacer un hombre incompleto. Los caminos de Dios no son nuestros caminos. El hombre incompleto es un hombre ordinario, que sabe que es ordinario y tiene la verdad que es ordinario, y entonces observa a Dios como un testigo ocular. Dios me ama.

De esta manera, en el propósito de Dios, el único camino hacia lo extraordinario es por medio de lo ordinario. Debido a que el hombre jamás ha captado esto, nunca lo ha creído y jamás ha querido creerlo, a lo extraordinario se le han puesto barreras. La espada encendida que se movía (Gén 3.24), para casi todos ha sido un misterio absoluto. Se vuelve a todos lados para guardar el camino al Árbol de la Vida. Es un obstáculo en el camino.

¿Podría ser este el camino? ¡Al ser ordinario, que es la verdad de lo que soy, el Espíritu Santo que sólo exalta la Palabra de Dios, a su vez nuestro Señor Jesucristo, puede guiarme más allá de la espada encendida! Como un campo minado y lleno de peligro, sin embargo, con un guía es posible atravesarlo. Sólo el Espíritu Santo puede llevar a la humanidad de regreso al huerto. ¿Por qué? Porque conoce los puntos donde están las minas, Él conoce las mentiras, Él es el Espíritu de la Verdad. Y puede guiarnos a usted y a mí de regreso a nuestra primogenitura.

¿Con base en qué? Bueno, sobre la base que ahora sé que soy ordinario en una luz nueva. Con la revelación de Dios, puedo ver esto no como un impedimento, sino como una invitación que se me hace con el propósito de llevarme de retorno a mi primogenitura.

En efecto, veo entonces que esta palabra “ordinario” quiere decir la verdad. Es la verdad. Soy ordinario. Y a medida que abrazo la verdad, me hace libre (Jn 8.32). Veo que la Palabra de Dios se equipara con el fuego. Y creo que la Palabra de Dios probará a todo hombre. Una vez que se me hizo pasar por el fuego, éste deja solamente cenizas y oro. Las cenizas ya no se pueden quemar más y otro tanto acontece con el oro. Y acerca del oro el Señor dice: “...te aconsejo que de mí compres, oro refinado por el fuego...” (Ap 3.18 NVI).

De esta manera elijo la gloria de Dios, a fin de que todo el crédito sea de Dios y nada, pero nada, absolutamente nada, sea mío. Entonces el Espíritu Santo de Dios puede tomarme y llevarme a través de la espada encendida. Creo que la espada encendida es la Palabra de Dios. “...tu palabra en mi interior se convierte en un fuego que devora...” (Jer 20.9 VP).

Pero ya encontré la Palabra de Dios, ya conocí el fuego, ¿de veras, si lo conocí? Tan sólo a medida que la Palabra de Dios acaba con el rastrojo, la paja, el heno y la basura, pues los quema (Is 5.24), únicamente entonces me es posible volver atrás. El Espíritu de Dios puede guiar al pueblo de Dios más allá de la espada encendida. La Espada del Espíritu que es la Palabra de Dios me probará y el fuego acabará con lo inservible y dejará en mí apenas el oro.

Ahora bien, hasta cuando haya pasado a través de este fuego, no estaré listo para trasponer el fuego siguiente. Luego del fuego hay el sonido de una voz suave y discreta (1 R 19.12). Así se registra cuando se menciona el ministerio de Elías. Después del fuego un silbo apacible y delicado, de tono bajo. Es decir, tras el fuego, el Espíritu. Entonces el Espíritu nos puede tomar de la mano para hacernos pasar a través de la espada encendida.

Y una vez que el Espíritu Santo me toma y me conduce de regreso hasta la espada encendida, veo la posibilidad de volver hasta mi primogenitura. Pero debo comprar la verdad. "...*tu palabra es verdad*" (Jn 17.17 RV). ¿Qué me costará comprar la verdad? Mi madera, mi heno, mi hojarasca, mis ismaeles, mi orgullo, mi pompa, mi vanidad. Todo esto es lo mío, mi rastrojo, mi paja, mi basura. Cuán patético que me apegue a todo lo inservible y no estoy preparado para negociarlo por el oro de Dios, que es la gloria divina.

Y ahora comienzo a hacer algo de ajuste, pues empiezo a ver la mente de Dios acerca de ser ordinario. Soy ordinario. Soy una vasija de barro. Soy débil. Por mí mismo nada puedo hacer (Jn 5.30). ¿Habrá en el Libro otras palabras que expresen tan completamente mi ordinariedad como éstas?

He tenido la actitud del mundo acerca de lo ordinario. He procurado exaltarme. He buscado elevarme. He pretendido sentarme en el trono en vez de estar sujeto a la inefable soberanía del Señor y Rey Jesús. Cristo ha de gobernar en nuestros corazones (Col 3.15).

Ahora tengo conciencia de la revelación sobre mi ordinariedad como una tremenda posibilidad, una invitación que se ha de producir a partir de esto como una demostración. ¿Y si no tengo voluntad para expresar mi ordinariedad, en alguna oportunidad estaré listo para demostrar lo extraordinario de Dios? ¿No soy un peligro para la gloria de Dios?

¿No soy un blanco para el celo divino que hiere a los Uzías (2 S 6.7), produce locura en gobernantes orgullosos como Nabucodonosor (Dan 4.33), y aflige de repente a los pomposos y arrogantes como Herodes, ataviados de ropas regias con maldiciones y gusanos (Hch 12.21-23)? ¿No es esta la verdad? Creo que lo es.

Entonces aprecio el valor de ser ordinario. Y cuando lo soy, es sólo la verdad. Recordemos que la verdad nos hace libres (Jn 8.32) y que la verdad es la gloria de Dios. Así, pues, regresamos al principio donde todo se inició al pie de la cruz. ¿Y qué cantábamos?

Tal como soy de pecador,
sin más confianza que tu amor.
Ya que me llamas, vengo a ti,
Cordero de Dios, heme aquí.

(Tal Como Soy, Charlotte Elliott, 1834).

En Himnario de Alabanza Evangélica
Editor General: Eduardo Nelson G.
Editorial Mundo Hispano Copyright 1978
Agencia de Distribución en Colombia:
Apartado Aéreo 15333, Bogotá, 1.

Capítulo 18

¿Cuántas vidas están fuera de orden?

¡Qué maravilla es el cuerpo humano! Cada uno de los miembros capacita a todo el cuerpo para vivir en salud si los miembros se hallan en orden. Al océano se le puede predecir cuándo y cómo vendrá la marea alta. Lo mismo acontece con las estaciones: primavera, verano, otoño, invierno. ¿Cómo puede usted cosechar en el invierno? ¿Lo puede hacer en primavera? Estamos atados al orden. Horarios, puntualidad, computadores—todo carece de significado y de sentido a menos que gobierne el orden. “Fuera de orden” es una frase temible. “Fuera de orden” se deletrea ¡desastre! “Fuera de Orden.” ¿Entiende? FUERA...de orden.

¿Importa? ¡Claro que importa! Hay un tiempo aceptable. Ahora es el tiempo aceptable y hay un momento para todo (Ecl 3.1). Ester, llegaste a ser reina precisamente para este momento (Est 4.14).

El tiempo dicta el orden. ¿Qué es discordancia? Música fuera de tiempo, música fuera de armonía, la música fuera de orden no es música, es discordancia.

¿Importa el orden en las competencias? Bueno, desde luego que sí. Un caballo gana la carrera. Otro caballo también corrió. Un equipo anotó tres goles. El otro equipo anota apenas dos. ¿Importa? En las carreras olímpicas gana el que llega primero. ¿Importa? Naturalmente, sí importa.

En la ruta, las luces del tráfico mandan y nos inclinamos a la orden de parar o de seguir. Si usted quebranta esa orden, ¡hará más que quebrantar el orden! Los signos de la vía son autoridad—el círculo ordena, el triángulo avisa. Si usted quebranta la ley, va encontrar que la ley lo quebranta a usted. Hay un orden.

La vía más rápida para ir abajo puede ser a través de la ventana del dormitorio, pero el orden consiste en bajar por las escaleras. El camino más veloz le puede demorar por seis meses en una cama de hospital. Es natural que el orden importe. ¡Claro que sí!

El río fluye. El agua encuentra su propio nivel. Se inclina ante una ley invisible que se llama gravitación. Ahora bien, este orden empieza en los cielos. El Padre es el número uno, Dios. El Hijo es el número dos, Jesús. Con toda naturalidad dice: “...*el Padre es mayor que yo*” (Jn 14.28 RV). También declara una pérdida total de su identidad con dependencia y afirma: “*Yo no puedo hacer nada por mi propia cuenta...*” (Jn 5.30 VP). El Espíritu Santo, número tres, se dedica a ensalzar a otro. Uno, dos, tres, tal es el orden. Él está sujeto al Hijo. Y éste anuncia así: Cuando me vaya, vendrá el Consolador; yo lo enviaré (Jn 14.16). Con estas palabras hizo referencia “*al Espíritu que habrían de recibir más tarde los que creyesen en él. Hasta ese momento el Espíritu no había sido dado, porque Jesús no había sido glorificado todavía*” (Jn 7.39 NVI). El patrón principia ahí. Uno, dos, tres.

Me es necesario ver el patrón. Me debo inclinar ante él y ver cuán importante y vital es ser orden-ario...sí, orden-ario. Sólo cuando soy orden-ario, logro comprender lo que significa ser ordinario.

La enfermedad ocurre en el cuerpo, si el cuerpo está fuera de orden. La palabra mayor es malfuncionamiento. Las matemáticas carecen de significado; mis sumas están equivocadas, a menos que estén en orden. Para deletrear se exige que las letras tengan orden. La presunción y el anticlímax se hallan en discrepancia con el factor gobernante que es el orden. ¿Cuántas reuniones no tienen el reconocimiento del orden divino? ¿Cuántas reuniones dejan de reconocer el principio: “*Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, distribuyendo individualmente a cada uno, según la voluntad de Él*” (1 Cor 12.11 BDLA).

Cuánto contristamos al Espíritu Santo al no reconocerlo. ¿Podría hacerse esto con un semáforo? ¿Se atrevería usted a seguir su camino con la luz en rojo? No diga más; claro está que no. Principiar antes que Dios comience es presunción y continuar después que Dios termine es la gradación retórica descendente, el anticlímax.

El error de Abraham produjo a Ismael. Isaac es el propósito; Ismael es la voluntad permisiva de Dios. De acuerdo con Ecl 3.1-8, hay un tiempo determinado para todo; tiempo para esto, tiempo para aquello. El tiempo es el factor gobernante y si se le reconoce, produce orden.

Necesito reconocer el orden porque soy ordinario. Y de mí mismo, nada sé. Por tanto, me es necesario reconocer a alguien que sabe. Por ejemplo, el niño corre a su papá: “Papá, hay alguien en la puerta.” “Papá, alguien te llama por teléfono.” El papá responde a la voz del niño e incluso quizá corre para obedecerle.

Pero a esa misma voz se le puede llamar la atención si está fuera de orden. La misma voz que querría disponer cuándo salir, cuándo regresar, cuándo asistir a una reunión o si no asistimos, esa voz ahora está fuera de orden. Se la debe reprender porque es indisciplinada e ingobernable. Ahora es desordenada, está fuera de orden.

¿Cuántas vidas están fuera de orden? Su dios es el vientre o la tierra o el negocio o el dinero o el placer o la televisión o el juego. Estas cosas pueden ser aceptables dentro del orden. Pero una vez que están fuera de orden, se convierten en ídolos y Dios viene a ser mi enemigo debido a su celo.

La Palabra de Dios incita con razones a los hombres para que amen a sus mujeres. Pero una vez que las hacen ídolos y las ponen antes que Dios, entonces sus vidas están fuera de orden.

**“Si usted está lleno de egoísmo,
Dios no tiene espacio en usted.”**

Desde luego, la función del corazón humano, lo escondido del corazón, es creer. O *creo* en mi corazón o creo en mi *corazón*. ¿Cuál es la diferencia? Bueno, le puedo creer a Dios en mi corazón y tal es la función en orden. O, si mi corazón ordena y ocupa el trono, en lugar de creer en Dios, entonces se convierte en un ídolo, en un dios, de modo que creo en mi corazón y se pone fuera de orden. Así, pues, mi corazón ahora ordena y manda, ahora reina. En lugar de Cristo dirigir y gobernar en mi corazón para reinar allí, encuentro que mi corazón necesita ser puesto en rienda.

**Ordinario...
Orden-ario. Selah.**

Capítulo 19

Vivir por la palabra que sale de Dios

Hace muchos años, visitaba con frecuencia a una familia en un sitio de nombre Knotts-End, más allá de Fleetwood cerca de Blackpool. Mi amigo Bob trabajaba en el ferry del lugar. Me metía al ferry y miraba al cuarto de máquinas para ver si Bob tenía turno; si era así, el cuarto de máquinas estaría abierto, pues el calor era tremendo. Entonces decía: “Hola, Bob; acabo de llegar para hacerles visita a ti y a Emily.” “Gracias Arthur, qué bien; estaré libre a las cinco de la tarde.”

Luego observaba. Me paraba y veía al capitán en el puente. El río estaba congestionado en Fleetwood, pues bajaban muchos botes, sobre todo con redes de arrastre para ir de pesca al mar.

Estos botes salían directamente del río, en tanto que el ferry iba de una orilla del río a la otra. Observé que la comunicación entre el capitán y Bob en el cuarto de máquinas se hacía mediante una serie de timbres, algo así como campanadas. Un campanada significaba arranque; dos timbres, a media máquina; tres timbres, a toda máquina. Con cuatro campanadas se ordenaba disminuir la velocidad y con cinco se detenía la marcha. Quizá no recuerdo el orden exacto de aquel orden, ¡pero era vital! El ferry tomaba velocidad, o la alcanzaba al máximo o se paraba en medio del río, según el número de campanadas que el capitán transmitía a Bob.

Era posible apreciar una completa y absoluta unidad entre el capitán que desde el puente de mando podía ver, y Bob que abajo en el cuarto de máquinas se limitaba a mover las diversas palancas.

Jesús es mi Capitán. Él ve, y dispone con el timbre de las campanas a mi espíritu. Adelante. Despacio. Levántate. Párate. Sigue. Dios ha tocado mis nudillos muchas veces para decirme: “Si no me consultas, me insultas. Y entonces, tu vida está fuera de orden.”

¿Qué clase de hombre soy? ¿Soy un hombre ordinario? Bueno, ¿soy un hombre orden-ario? Ser orden-ario implica tener narices. Si no las tengo, no soy un hombre ordinario. ¿Por qué Dios me las dio? Donde hay aire, vivo. Donde no hay aire, me ahogo.

El ahogamiento significa muerte. Un ambiente significa vida. Necesito el ambiente del aire. Todos comenzamos la vida en el vientre. Luego, somos nacidos a una dimensión nueva. Esperamos. La partera espera el primer llanto del bebé, a medida que toma su primer aliento en el ambiente nuevo. De otra manera, todavía no ha nacido. El aliento es ordinario. Alentar es lo normal. Respirar es natural.

La existencia espiritual es completamente paralela a la natural. Vivo a partir de la boca de Dios. Dios dio su aliento y vino a ser el hombre. Todavía Dios da su aliento y entonces el hombre viene a ser.

Los pulmones de un hombre que se ahoga están llenos de agua. Es una sustancia extraña. El hombre nunca fue hecho para vivir sin respirar. Así, pues, lo primero es sacar al hombre del agua. Lo siguiente es sacar el agua del hombre. A esto lo llamamos respiración artificial. Usted no puede llenar un vaso lleno. La primera cosa es vaciar lo que no debe estar allí.

Cuando estuve en Michigan, me comí un pastel de coco. Un pedacito de ese pastel se me atoró en la garganta y no podía respirar. Me estrangulaba. No podía ni boquear. Me sofocaba. Un hombre vio lo que me sucedía, se me puso por detrás, pasó sus brazos alrededor de mí y me dio un golpe en el estómago. ¡Creo que así me salvó la vida! No podía vivir sin respirar. Y tampoco usted lo puede.

Ser ordinario implica tener nariz, por donde el aire pasa a los pulmones. Hay, por tanto, un proceso de entrada y de salida...vivimos. Es ordinario respirar. Es normal. Es natural. En lo natural hay un proceso de entrada, salida, entrada, y hay un paralelo en lo espiritual.

El hombre debería vivir una existencia normal, una vida ordinaria al inspirar el aliento de Dios y al exhalar todo cuanto vaya contra Dios. Eso debería ser el vivir por toda palabra que sale de la boca de Dios (Mt 4.4). La pureza de corazón consiste en ver a Dios en todas las cosas (Mt 5.8). No en algunas cosas, sino en todas. Esto mantiene transparente la totalidad de mi vida, ver a Dios en todas las cosas.

El diablo ha perdido su nariz. Vive de mentiras y depende de cuanto usted crea. Lo que usted cree lo gobierna. El diablo se compromete en engaños y acusaciones. Una vez que usted cree una mentira, él cabalga sobre esa mentira y se monta en ella. Es impotente en la verdad. Jesús dijo: “...*Dios me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra*” (Mt 28.18 VP). En el Calvario, el poder de satanás quedó destruido por completo (Heb 2.14). ¡Pero usted y yo a menudo le devolvemos lo que Jesús le quitó! Pero luego, en tanto que pueda llenar su muestrario de ventas con estos bienes, me necesita como cliente. Si no entro a su tienda, entonces permanece en bancarrota, impotente.

**“Lo que usted cree,
eso mismo lo gobierna.”**

Pero satanás dispone su muestrario y monta un espectáculo. Entro y le devuelvo lo que el Señor le quitó. El Calvario significa precisamente eso.

Según Heb 2.14, el propio Señor Jesucristo se convirtió en uno de nosotros y por medio de la muerte destruyó al que tenía el poder de la muerte, es decir al diablo.

El temor es imitación de la fe. El miedo es una sustitución de la fe. Así como la fe entra en la Palabra que es verdad y se vuelve creativa, el temor puede aprovecharse de un engaño y hacerse creativo—si lo recibo. El temor consiste en creer las mentiras del diablo. La fe cree la verdad de Dios. El diablo ante la verdad es impotente.

Capítulo 20

¡Nuestro ambiente es vital!

El medio es vital. Tome el tiburón. En su medio tiene poder. Esas mandíbulas malvadas, aquellas filas de dientes como cuchillos pueden cortar un brazo. Pero si el tiburón está fuera de su ambiente, digamos que no está en el agua sino en un parqueadero, rodeado de carros Chevrolets, Fords, Mercedes... está fuera de su medio. Entonces aquellas mandíbulas perversas no pueden bajar y subir para cortarme de un tajo un brazo o una pierna.

Se revuelve, gira, pelea, combate, no contra mí sino por su propia existencia. En el agua, su ambiente, es feroz y peligroso. Fuera de su medio es por completo inoperante. No me le acerco demasiado; lo miro y lo observo. Todos sus esfuerzos son para luchar contra las condiciones del entorno que le son hostiles. Pues ahí no puede permanecer. Le es imposible subsistir, tal como satanás no vive en la verdad (Jn 8.44). La verdad inhibe su bomba y la hace inútil. La verdad paraliza su vigor. La verdad hace inoperante todo cuanto tiene porque sólo obra en el engaño. El tiburón, fuera de su medio, fuera del agua, es impotente. Y el diablo también es impotente en la verdad.

El aire es indispensable para el ave. Aquellas alas atrapadas en una jaula, sin firmamento, no pueden volar. Todo necesita un ambiente. Yo lo necesito, usted lo necesita. En lo natural, debemos tener aire; en lo espiritual, debemos tener el Espíritu Santo. Así podremos llevar una vida normal en la Verdad.

El Espíritu de Dios es el Espíritu de verdad (Jn 14.17, 15.26, 16.13). El hombre ordinario de Dios debe andar en la verdad. Y eso lo hace normal.

El milagro sólo lo es entre las personas que no son normales, sino subnormales. En tierra de ciegos, el tuerto es rey. Pero si Dios visita la tierra de los ciegos y les da luz y les devuelve la vista, entonces cada ciego puede ver y el tuerto ya no puede seguir más como rey. Ya no está en el trono. Perdió su posición. Ha perdido su puesto.

Si respiro los gases de los escapes de los carros, monóxido de carbono, inhalo un veneno que me lleva a la muerte. Procure usted retener la respiración. No lo puede hacer. Si no respira, morirá. Hay ahí un orden divino al que me debo someter. Si soy un hombre ordinario, debo someterme al proceso de dentro-fuera, inspirar-exhalar, dentro-fuera. Mientras es ordinario y aunque sea ordinario, es absolutamente vital.

Considere el clima. El clima le permite a un hombre ordinario hacer cosas extraordinarias. ¿Puede usted hacer crecer una cebolla? ¿Puede nadar? ¿Acampar? ¿Pescar? ¿Viajar? ¿Sembrar? ¿Cosechar? El clima gobierna todas estas cosas.

El clima suministra o facilita lo necesario para el ambiente. Dios dice: “...*No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu...*” (Zac 4.6 RV). “Ordeno por medio de mi Espíritu. Doy libertad mediante mi Espíritu.” Todo cuanto se ata en hielo y nieve, se libera a través de un cambio en el clima.

Entro en otro plano, por cuanto el Señor en su infinita misericordia y por su gracia inefable, me ha hecho pasar de las tinieblas a la luz. Las aves aletean y vuelan hacia el cielo.

El hombre respira a la vida y vive en la verdad en el ámbito del aire. La realidad, la verdad, la normalidad, el ser ordinario, el andar en la luz (1 Jn 1.7), el aborrecer las tinieblas—este es el propósito de nuestro misericordioso Dios. Las tinieblas no combaten a la luz, huyen de ella.

Capítulo 21

“Bajo...”

Al seguir con el tema de ser ordinarios, nos encontramos con la palabra desenfrenado, desordenado. Que significa sin rienda, excesivo, es decir, fuera de orden, que se entrega sin freno a los vicios, al mal.

Si es desordenado, no es ordinario. Y si voy al diccionario, me es fácil encontrar allí lo que significa. ¿Por qué? Bueno, si tengo un diccionario ordinario, en dos minutos quizá en menos, doy con el sentido y la definición bajo la “d,” desordenado. No necesito luchar por horas, pues el diccionario está en orden alfabético. No voy a encontrar “desordenado” bajo la “a” o la “m” o la “q.” Lo encuentro en orden, bajo la “d” en desordenado.

¿Qué me imparte la palabra “bajo”? Me comunica muchísimo. Pienso en el centurión que en la Biblia dijo a Jesús: “⁸...solamente dí la palabra...⁹Porque también soy hombre bajo autoridad...” (Mt 8.8-9 RV). Así, pues, un hombre ordinario está puesto bajo autoridad. Este centurión tenía que someterse al César. Bueno, todos se sometían al César. Y todos decían: “¡César es Señor!” Todos tenían la obligación de ponerse ‘bajo.’ Si no lo hacían, les cortaban la cabeza.

Pero el Señor sabe la diferencia entre el hombre que apenas está bajo la tradición y el hombre que, desde lo íntimo de sus sentimientos, en obediencia humilde se pone a sí mismo bajo autoridad. Bajo...Bajo...

Soy ordinario. Soy un individuo ordinario, un hombre común, sometido a la Reina de Inglaterra. Estoy bajo su autoridad. Ella ni aun sabe de mi propia existencia, a no ser que yo me atreva a desafiar esa autoridad. Si, por ejemplo, me da por arrojar piedras a la ventana del Palacio de Buckingham, entonces ella sabrá de mí, aunque no sepa que Arthur Burt siquiera existe. Soy ordinario. Soy ordinario y estoy sujeto. Soy uno de los muchos millones de sujetos, lo que significa que reconozco la autoridad y estoy sometido. Estoy “bajo.”

Ahora bien, Moisés dijo: “¿Quién, yo?” Bueno, estoy sujeto, estoy bajo. Estar fuera de orden; el César pone al centurión sobre. En otras palabras, la autoridad de ese oficial del imperio romano venía de su sujeción. Si usted es demasiado grande para ser dirigido, entonces usted es demasiado pequeño para dirigir. Ahora el centurión tiene autoridad para decir a este hombre: “Vé,” y él va. “Haz esto,” y él lo hace. ¿Por qué? Porque está puesto “sobre,” y porque él mismo se puso “bajo.” Ese es el principio que rige todas las cosas.

**“Si usted es demasiado grande,
para ser dirigido,
usted es muy pequeño para dirigir.”**

Capítulo 22

El secreto de Sansón era el Espíritu de Dios

Moisés dijo “...¿Quién soy yo?...” (Éx 3.11 RV). El gran Yo Soy le respondió: “...YO SOY EL QUE SOY...” (Éx 3.14 RV). Y esto trae un tremendo asunto. Ahora nos movemos de lo ordinario a lo extraordinario, de lo normal a lo anormal. Moisés había preguntado “¿Quién soy yo?” En efecto, ¿quién era Moisés? Fue un pobre predicador, lento para hablar, sin elocuencia. En lo natural no se trataba de un hombre con lenguaje florido y fácil.

¿Por qué sabemos acerca de Moisés? Sabemos sobre él porque fue capaz de permitir que Dios obrara por su intermedio, y porque pudo llevar el poder de Dios sin apropiarse del crédito ni de la fama divinos.

Toda la tierra está saturada de predicadores impotentes. Con toda nuestra predicación, ha sido motivo de lástima la falta de poder que hemos tenido. Es bueno recordar la voz de Jesús: “...Pero ustedes quédense aquí...hasta que reciban el poder que viene del cielo” (Lc 24.49 VP).

¡Pescadores ordinarios investidos del poder de lo alto! ¡Y eran bien ordinarios! Pedro podía usar lenguaje insolente, desvergonzado y atrevido con el mejor de ellos. Y todos disputaban como niños tontos sobre cuál sería el mayor (Mr 9.34). Eran bien ordinarios.

Consideremos a Sansón. ¿Era ordinario o fue extraordinario? Cuando este hombre aparece en la escena de la vida, que es extraordinario, es lo primero que se registra acerca de él. No era ordinario. Por este motivo Dalila le dijo: “...Dime el secreto de tu tremenda fuerza...” (Jue 16.6 NVI), y con certeza le decía muchas veces: “Cuéntame tu secreto; revélame tu secreto.”

El secreto de Sansón era el Espíritu de Dios. No era una ametralladora. No era que anduviese con cartuchos de dinamita alrededor de su cuerpo como un terrorista musulmán contra el pueblo elegido por Dios en territorio de Israel. Vivía de una manera ordinaria, una existencia común, pero manifestaba un poder extraordinario. “Dime el secreto. Cuéntame tu...”

El Espíritu Santo venía poderosamente sobre Sansón. El secreto de la fuerza de Sansón estaba simplemente en el Espíritu de Dios. Esto lo puede ver usted en el Libro de los Jueces. En consecuencia, cada vez que hacía algo, ahí brillaba la causa: el Espíritu del Señor.

Tal fue su secreto. Esto no quiere decir que Sansón fuera un hombre enorme de casi dos metros, con músculos super-desarrollados y piernas como troncos de árboles. Si hubiese sido así, Dalila no habría necesitado decirle, “Revélame tu secreto.”

Porque ciertamente se trataba de un secreto admirable. Un hombre que pudo matar mil enemigos, no con armas de fuego, no con dinamita, sino con una quijada de asno (Jue 15.15). Eso es algo extraordinario.

¿Qué diría usted hoy de alguien que matara mil hombres con un gancho para colgar ropa? Esto merece una actualización. ¿Qué poder hay en ese gancho? ¿Qué poder hay en una quijada de burro? Ninguno. ¿Puede usted imaginarlo? ¡Mil filisteos muertos por un solo hombre! ¿Cómo podría un hombre ordinario haber hecho eso tan extraordinario? Seguramente había un secreto, pero conocemos el secreto. La Palabra de Dios nos dice que era el Espíritu del Señor (Jue 15.14).

Por tanto, el Espíritu Santo puede transformar a la gente ordinaria. ¿Con base en qué? Bueno, en el caso de la electricidad, usted se conecta a la energía y enciende el

interruptor. Entonces, la energía fluye. Ahora con esto, es muy semejante, casi lo mismo; al conectarse a la Verdad, el hombre ordinario pasa a ser extraordinario.

La verdad es el factor dominante del Espíritu de Dios que es el Espíritu de la Verdad. De modo que el poder viene al andar en la Verdad, el Señor Jesús. ¿Cuánta verdad ha tenido usted? En línea con la verdad, usted conecta y enciende el interruptor. Pero ¿puede evitar la verdad de ser ordinario?

Inicialmente, el Espíritu de Dios vino sobre este hombre ordinario, Sansón. Era tan ordinario que hasta fue desvergonzado e impúdico. No fue un individuo virtuoso. No se puede decir que el Espíritu haya venido sobre él porque fuese un hombre bueno. Esto hace borrar y desaparecer todos los conceptos de entendimiento teológico. El Espíritu de Dios vino a un hombre que era lujurioso, incluso amoral y, además, andaba con mujeres de muy mala fama.

Ahora es necesario que haga algunos ajustes. El Espíritu Santo puede usar un hombre inmoral. Bueno, ¿alguna vez ha sido usted usado por Dios? ¿Ha hecho todo lo que debería haber hecho? ¿Cree que Dios le ha bendecido porque usted era usted? ¿Nunca supo quién era usted? ¿Acaso se le olvidó que Moisés dijo “Quién soy yo”? Y la respuesta del gran Yo Soy: “¡Olvidalo! No es que tú soy (perdón por la gramática), sino que **YO SOY EL QUE SOY.**”

Capítulo 23

Dios hace mucho con poco, hace lo máximo con lo mínimo y hace todo con nada.

Así, pues, ahora viene la verdad fresca y nueva. El Espíritu de Dios viene primero sobre, antes dentro. Hay una invasión inicial de todo hombre donde el Espíritu Santo llega sobre. No tiene nada que ver con el hombre. Dios lo invade, directamente toca su espíritu y queda conectado con el poder.

Pero si piensa que continuará, tiene otro *pensar* que viene. Mientras primero es sobre, va a ser dentro de modo permanente. ¿Cuál es la diferencia?

¡La verdad se debe comprar! Al comienzo, usted ve la verdad, y usted reconoce la verdad. Ese reconocimiento de la verdad me impide salir, ¡pero no me pone dentro! Entonces soy como alguien que pasa por las vitrinas y los escaparates de los almacenes. Veo la mercancía, los bienes, reconozco su valor, pero no son míos. Luego, veo una etiqueta sobre esos bienes, se debe pagar un precio.

Así, pues, tomo una decisión: o compro la verdad o sigo el camino. Ahora bien, si decido comprar la verdad, paso al mostrador. Y allí en el mostrador, compro la verdad. Y así, cuando se ha pagado el precio, ya se está dentro. Ya no es más sobre. La revelación está unida (como en matrimonio) con la situación. El mostrador es la situación. La vitrina o escaparate es la revelación.

Usted ve la mercancía, los bienes. E inicialmente, es Dios. Luego viene su responsabilidad donde usted tiene que comprar lo que ve.

Cuando usted paga el precio, ahora está dentro. Ya no es más sobre. Su revelación se une con la situación.

Al hacer esto, usted es como quien toma una fotografía. Usted captura la escena ya sea a la luz natural o con un flash. Como resultado, ya tiene un negativo. El negativo es como lo opuesto de lo que usted quería. Su negativo se debe desarrollar en la oscuridad.

La luz inicial se acabó, se fue, pero usted la atrapó allí. Sin embargo, todo está al contrario, lo de arriba está abajo. “Vea, eso es lo opuesto de lo que quería. ¡Así no lo quiero! ¡Lo voy a romper y lo echo a la basura!” ¿No, no! El negativo es su tesoro, aprécielo. ¿He hecho esto? ¿Usted lo hizo? En la oscuridad que sigue a la luz, el corazón debe creer lo que el espíritu vio. Su espíritu lo vio, ahora su corazón, en la oscuridad, debe creerlo. No hay ventanas. Acostumbraba a contar la historia acerca de su corazón, que era como el *“tipo en el sótano.”*

Su espíritu estaba arriba en lo más alto de la casa, en el ático. Si su corazón decae con su espíritu, el corazón llama al espíritu: *“Ese fanático del ático.”* Pero cuando la luz viene sobre usted, tiene el privilegio de estar en su interior cuando su corazón cree lo que su espíritu vio.

Usted desarrolla su negativo y lo saca de la oscuridad a la luz. Su corazón tiene que conjurarlo, evocarlo, rumiarlo como hacen los bueyes, regurgitarlo como el periquito y una vez más traer de regreso lo que vio.

Cuando usted lo hace aparecer, entonces ya está con el fijador. ¿Dónde está fijo? Entonces sale del cuarto oscuro, pasa a la cubeta del ácido y pone allí su negativo. Alguien siempre le suplirá el fijador o el ácido, no se preocupe. Entonces, ya tiene su

positivo. Ya no es más sobre (on), ahora es dentro (in). Dios hace mucho con poco, hace lo máximo con lo mínimo y hace todo con nada.

Juan el Bautista lo vio. Fue un decrecer gradual que es el precio que usted paga para que Dios crezca. ¿Cuántos enfatizan la llenura, pero nunca parecen reconocer que la plenitud depende primero de la llenura del vacío? Excepto su rendimiento, pero la rendición no es rendición, a menos que sea incondicional. Vacío del todo, “Señor, me rindo por entero.”

Y no es bueno hablar con los mismos términos de Ananías y Safira que retuvieron parte del precio (Hch 5.1-5). Si usted retiene parte, tendrá una parte de la salvación. Su rendición debe ser absoluta y total si busca una salvación total. Recuerde que Dios hace mucho con poco, hace el máximo con el mínimo y hace todo con nada.

¿Dónde está el hombre que es tan ordinario que en la evaluación de sí mismo, se ve él mismo como nada? Nada. A veces preguntamos a los niños: “¿Qué es lo que crece más, a medida que le quitas más?” Es una adivinanza. Claro que la respuesta es: un hueco. Entre más se le quita a un hueco, el hueco crece más. Entre más toma Dios de usted, más grande viene a ser Dios en su vida. Si usted está lleno de usted mismo, no tiene sitio para Dios. Pero si usted va a seguir la revelación de Dios, no sólo buscará ser ordinario y volverse como un niño (Mt 18.3), ¡sino que además, se va a quedar y permanecer así!

El hombre que es pequeño ante sus propios ojos, tiene un dios grande. Pero el hombre que viene a ser nada y se convierte en nada ante sus propios ojos, conocerá a Dios tal como Él es.

Esta es la revelación del Cuerpo. No tengo identidad alguna. No tengo ninguna personalidad en el Cuerpo. El único en el Cuerpo es Jesús, que es la Cabeza del Cuerpo. Simplemente soy un miembro. No soy siquiera un alguien. Por tanto, he quedado libre del celo de Dios que no dará la gloria a otro. ¿Soy un otro, soy otro? ¿Es usted un otro, es usted otro? O, ¿solamente hay Uno? Y ese es Jesús, la Cabeza del Cuerpo.

FIN

Pedidos de Libros e Informes

Página Web: www.arthurburt.com

e-mail: foundation@arthurburt.com

O escriba a:

The Emmanuel Foundation

---- N River Road

Stuart, Florida -----

U S A

Los libros se pueden ordenar en el Reino Unido a:

Arthur W Burt

“Bron Wendon”

Conway Road

Penmaenmawr, Conwy

Gwynedd, N Wales

LL 346BB

Aquí termina la traducción de “*How To Be Ordinary*” por Arthur W Burt con el título en castellano: “**Cómo Ser Ordinario.**”

Este trabajo lo hizo Pablo Barreto, M.D., para honrar y exaltar el nombre de Jesucristo como Señor y Salvador.